

SARGENTO

Pinares

EVA GONZAY & JULIA C. BROWN



CONTENTS

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)

SARGENTO PINARES

EVA GONZAY

JULIA C. BROWN

Copyright © 2024 Eva Gonzay
Copyright © 2024 Julia C. Brown
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2405097927465

CAPÍTULO 1

—¡Por fin hemos llegado! —dice la sargento Marta Pinares soltando la bolsa de viaje y tirándose en el sofá del apartamento de manera aparatosa.

La sargento y la capitana Virginia Robles llevan meses recorriendo media España. Han visitado varias bases militares en todo este tiempo, revisando los expedientes que el Jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra Jorge Del Valle había estado acumulando desde que se inició en su cargo. La noticia de que se ha formado un nuevo equipo de investigación militar les ha puesto una diana en el pecho. No son muy queridas allá donde van, sobre todo en aquellas bases en que la corrupción apesta desde fuera. A ninguna de las dos parece importarles, se sienten cómodas en su nuevo trabajo y, además, están orgullosas de ir destapando y limpiando toda la porquería que algún sector del ejército quiere tapar.

Virginia mira a Marta embelesada, la relación entre ellas ha avanzado mucho, se compenetran muy bien y, pese a que están juntas las veinticuatro horas del día, han podido compaginar el trabajo con la vida personal haciendo que cada una tenga su espacio y ninguna de las dos sienta agobio. La ahora sargento Pinares, mantiene esa chulería que tanto llamó —y enervó— la atención de Virginia, pero la capitana ha seguido con su mano dura y ha logrado que su subalterna acate las órdenes que le da, rechistando cada vez menos.

—Venga, levanta el culo y acompáñame a la ducha —pide Virginia con una media sonrisa que hipnotiza a Marta—, pediremos algo de comer y no sé a ti, pero a mí me apetece pasarme el día en el sofá.

—O en la cama —suelta Pinares poniéndose de pie y acercándose a ella con mirada gatuna.

—Eres insaciable, lo sabes ¿verdad? —se ríe Virginia, que reconoce

que jamás ha estado con una chica a la que le gustase tanto estar entre las sábanas.

—Cuando se trata de ti es muy difícil no serlo, eres preciosa —le dice Marta y la besa mientras empieza a quitarle la ropa.

Virginia se deja desvestir, aunque a su acompañante la tarea se le está haciendo difícil, la capitana no deja de tocarla, besarle y morderle el cuello. A duras penas la sargento la lleva al sofá y se tumba sobre Virginia que solo tiene las bragas puestas e intenta deshacerse de la camiseta de Marta, pero está tan excitada que las manos se le vuelven de plastilina y le cuesta maniobrar.

—Me encantan tus pechos —dice Marta y saca la lengua para acariciar con vehemencia los pezones de Virginia.

—¡Joder!

Marta sonríe, sabe el poder que tiene su boca cuando juega con el cuerpo de Virginia.

Las dos mujeres se comen, hambrientas, como si hace unas horas, al despertar, no hubiesen echado ese polvo mañanero que tanto disfrutaban y hace que sus días comiencen llenos de energía.

Sin embargo, para la capitana Robles, esta vez hay algo diferente. Han llegado a casa, a esa que Jorge del Valle ha elegido para ellas y que no tiene casi ningún objeto personal. Siente que no es suficiente, quiere algo más. Desde que Virginia y Carlota, su expareja, lo dejaron, prácticamente ha estado viviendo en la base, rodeada de militares y con apenas intimidad. Allí no se sentía del todo mal y siempre posponía el mudarse a su propio apartamento, si no era una cosa, era otra y así pasó el tiempo. Ahora está con Marta, su relación es mejor de lo que llegó a imaginar y lo que comenzó como algo casual, se ha convertido en algo serio. Virginia ve que su chica la mira diferente desde hace semanas y en sus ojos ve el reflejo de un hogar, de algo juntas.

—¿En qué piensas? —la pregunta de Marta viene acompañada de caricias y de su nariz recorriéndole el cuello. Ambas están muy juntas después de que ese sofá incómodo se sacudiera con fuerza en varias ocasiones.

—En nosotras —responde Virginia con firmeza y la mira con cariño.

—Yo también lo hago a menudo, pero reconozco que después de follar tengo las neuronas dormidas por un rato —Virginia suelta una carcajada porque sabe que a Marta el sexo la cortocircuita—, ¿me lo vas a contar?

—Primero vamos a la ducha, estoy muerta de hambre.

—A sus órdenes, capitana —dice Marta con una sonrisa que le abarca toda la cara.

Cuando salen del baño, Marta saca la ropa de las bolsas y pone una lavadora mientras Virginia coloca la mesa a la espera de la comida. Se han aficionado a un restaurante tailandés que descubrieron por casualidad y que ahora forma parte de esos caprichos que se dan cuando están en Madrid.

—Ya abro yo —dice la sargento Pinares cuando escucha el timbre.

—¡Por Dios, qué hambre! —dice Virginia impaciente cuando su compañera pone las bolsas sobre la mesa.

—Has pedido para un batallón, cuando tienes hambre piensas con el estómago.

—No te quejes, que siempre acabas comiéndotelo todo —responde Virginia alzando las cejas. Marta es de las que se despierta por la noche con hambre y ataca la nevera sin compasión.

Pinares sonríe sin nada que decir por qué tiene razón. Se acerca a Virginia y la besa tras haber servido en varios platos todo el festín con olor asiático que inunda la casa.

—Esto está de vicio —dice Marta cuando prueba el pollo con anacardos que se ha convertido en su favorito.

—Siempre dices lo mismo y eso que no querías probar nada al principio. Podríamos comprar ese set de palillos y cuencos que vimos en la tienda el otro día —suelta Virginia y Marta le nota en la voz un leve temblor—. Igual estos días que estamos libres deberíamos comprar varias cosas que nos hacen falta.

—¿Qué cosas? —pregunta Marta extrañada—, aquí tenemos de todo.

—No sé, Marta. Otro juego de sábanas, unas toallas más grandes que no suelten pelusa. Solo tenemos un par de sartenes y sé lo mucho que te estresas cuando no puedes cocinar como te gusta.

—Este apartamento es muy pequeño, Vir. Sí compramos cosas, ¿dónde vamos a meterlas? Apenas hay muebles para almacenar.

—Busquemos una casa más grande para las dos, entonces. Un sitio tuyo y mío, cariño. Que podamos elegir nosotras y decorar a nuestro gusto.

Marta se queda callada, incluso el tono de su piel ha cambiado varios tonos. Mira a Virginia con una expresión indescifrable y no sabe qué decir a la tan repentina propuesta. Desde que Marta Pinares vio a Virginia meses atrás en la base, algo en su interior le dijo que acabaría enamorada. No se equivocó, está tan colada por ella que no se le ha pasado por la cabeza estar con otra mujer, pero de ahí a dar el paso de vivir juntas, es algo que la asusta de forma irracional. No se siente preparada.

—Marta, ¿no dices nada? —le pregunta Virginia al ver que no ha parpadeado.

—¿Vivir juntas? —sale de su letargo preguntando algo que ha entendido a la primera con el único objetivo de ganar tiempo para saber qué decirle.

—Sí, he pensado que podríamos contactar a varias inmobiliarias y explicarles lo que queremos porque si lo hacemos nosotras solas nos volveremos locas —explica la capitana, ignorante de la lucha mental que tiene Marta en su cabeza. Está segura de que está sorprendida por el paso y la emoción la ha dejado sin palabras. Se equivoca.

—No creo que sea buena idea, Virginia.

—Bueno, cariño, si no quieres que sea a través de una inmobiliaria, entonces tendremos que emplearnos a fondo nosotras —dice completamente ciega.

Marta carraspea.

—No, lo que no creo que sea buena idea es vivir juntas. Pensaba que estábamos bien así, nos estamos conociendo apenas.

Virginia siente el peso de un cañón atravesarle el pecho cuando escucha a su compañera y comprende que la cara de Marta no era de emoción si no de incredulidad y rechazo. Ahora es ella la que se queda muda.

—No te lo tomes a mal —sigue Marta—, yo te quiero y estoy muy

bien a tu lado, pero pienso que es demasiado pronto como para dar ese paso. Pasamos mucho tiempo trabajando y no hemos tenido ocasión de ir de vacaciones o conocer a nuestro entorno, ¿qué pasaría si dentro de unos meses no nos gusta lo que vemos la una de la otra?

Virginia despierta.

—Nos separamos, Marta. De toda la vida de Dios cuando una relación no funciona, se acaba y listo. Te estoy pidiendo que busquemos un hogar juntas, no que nos juremos amor eterno —la voz de Virginia ha cambiado, no se esperaba esa reacción—. Ya compartimos un piso, pero en realidad parece un hotel al que llegamos y lo único nuestro es la ropa. Me imaginaba que, al igual que yo, te sentirías mejor en un sitio más acogedor, más de las dos.

—Sigo sin verlo, Virginia. Yo no quiero esa clase de ataduras —dice Marta cada vez más agobiada—, lo que compartimos es perfecto, pero tenemos que seguir conociéndonos. Estar seguras de que esto es lo que queremos.

—Seguir conociéndonos —repite Virginia paladeando cada palabra—. Está bien, si es lo que quieres. No te voy a obligar a hacer algo con lo que no estás de acuerdo.

—Yo solo digo —Marta sigue intentando explicarse sin darse cuenta de que con cada palabra mete más la pata—, que es un paso importante. Te puede llegar a gustar alguien más o quizá quieras tener una aventura con otra mujer. Es normal en esta etapa, por eso hay que pensárselo bien.

Virginia no se lo puede creer, si alguien le hubiese dicho que tendría que escuchar algo así de la chica que la mira cada mañana con un amor infinito, le tildaría de loco. Ahora sabe que Marta no solo no está preparada como le ha dicho, sino que no quiere dejar su preciada libertad a un lado. Es una chica muy atractiva que no pasa desapercibida y sin duda alguna quiere seguir aprovechando ese encanto. En cambio, Virginia, ya estaba más que lista para ponerle nombre a esa relación que, según pensaba, estaba muy avanzada.

—Lo he entendido —dice Virginia, que no quiere escuchar ni una palabra más.

—No te enfades, Vir —dice Marta melosa como si su compañera le

hubiese propuesto ir al cine y ella se hubiese negado—, me gusta lo que tenemos, no tenemos por qué estropearlo.

La capitana Robles eleva las cejas, incrédula.

—Está hablado, Marta. Las dos estamos en puntos diferentes, te lo propuse porque sentí que tú también querías lo mismo, pero está claro que me equivoqué.

—Que no quiera alquilar una casa no significa que no quiero estar contigo y eso quiero dejarlo muy claro. No irás a dejarme por esto, ¿verdad? —pregunta Marta sintiendo un escalofrío que se le ha concentrado en la cabeza.

Virginia la mira con ganas de lanzarle el plato de tallarines que se ha quedado frío sobre la mesa. Sabe que no va a dejarla por eso, pero algo se ha roto dentro de ella y no puede evitar sentir ese carrusel de sentimientos en su pecho. No habla, pero niega con la cabeza y Marta suelta todo el aire que tenía retenido. Se acerca a Virginia y hace que se levante de la silla para abrazarla y susurrarle un te quiero que a la capitana no le sabe a nada. En su mente solo hay dudas que se repiten en bucle, se siente tan confundida por todo lo que Marta le ha dicho, que no sabe si será capaz de seguir llevando con normalidad esa relación qué tan segura la hacía sentir.

CAPÍTULO 2

Virginia abre la puerta del apartamento y deja las llaves sobre el diminuto mueble del recibidor. Si el apartamento fuera suyo, lo cambiaría por uno más grande, de esos que en la parte alta tiene colgadores para dejar las chaquetas o los bolsos, y desde luego no sería de ese color marrón tan feo. Pero no es suyo, y lo que para ella era una posibilidad razonable de mudarse con Marta a algún sitio que fuese para las dos, se esfumó anoche con esos comentarios de la sargento que no la han dejado dormir.

Por muchas vueltas que le ha dado mientras Marta dormía plácidamente a su lado, Virginia se siente muy perdida. Estaba convencida de que el tiempo y los hechos las habían puesto a las dos en el mismo punto, que lentamente su relación se había ido afianzando sin necesidad de que lo hablasen, pero es evidente que eso solo ha pasado en su cabeza. Marta tiene una visión completamente distinta de lo que tienen y el estado de confusión de Virginia ahora mismo es importante.

Se ha despertado pronto y como sabía que Marta aprovecharía que hoy no trabajan para recrearse durmiendo, ha salido a pasear con la esperanza de despejarse y ver las cosas de otro modo, pero Virginia ha vuelto igual que se ha ido, con ese nudo en el centro del pecho que se le instaló anoche y del que ya no se deshace.

—¿Dónde estabas? —aparece Marta por la puerta de la cocina cuando ella entra en el salón.

—He salido a dar una vuelta —contesta la capitana dándole un beso como hace cada día, aunque este le cuesta, y no porque no lo desee, es que nota que algo se le ha roto por dentro y no sabe cómo repararlo.

Solo espera que con el paso de los días todo vuelva a la normalidad, al fin y al cabo, Marta está ahí, con ella, y le ha dicho que la quiere y además

ella lo sabe porque lo nota, pero esa frase de Marta en la que le dijo que quizá podían conocer a otras personas, flota alrededor de ella como un mosquito incómodo.

—Son las doce del mediodía, Vir, me tenías preocupada —dice Marta y le da otro beso—. Te he llamado al móvil y he visto que te lo has dejado aquí.

—Ya. Lo siento, cariño, es que me he levantado con un poco de dolor de cabeza y he salido para despejarme. ¿A qué hora te has despertado? —corta el tema Virginia.

—A las once —reconoce Marta con una mueca de vergüenza que hace sonreír a Virginia.

Aunque en el fondo le molesta que su chica haya dormido a pata suelta mientras que ella apenas ha pegado ojo.

—Bueno, voy a la ducha, recuerda que hoy como con Del Valle —dice Virginia entrando en la habitación para coger ropa limpia.

—Sí, yo me comeré las sobras de anoche y veré alguna peli hasta que vuelvas. Después podríamos salir a tomar unas cañas.

—Claro.

—Qué puntual —dice Jorge Del Valle cuando Virginia llega a su mesa acompañada por un camarero.

—No me gusta llegar tarde, ya lo sabes. Por cierto, no sé cuánto cuesta el menú aquí, pero lo vas a pagar tú —suelta la capitana mirando a su alrededor.

Ella es más de bares caseros, pero su superior es de paladar fino y cuando come con él, le toca escoger platos con nombres que no entiende.

—Pagaré con gusto.

Virginia asiente y le pide al camarero que le lleve una cerveza a pesar de tener una copa de vino del caro delante. Jorge Del Valle siempre se reúne con ella cuando vuelven de resolver algún caso. A pesar de que tienen contacto continuo durante la investigación, a él le gusta tener ese tipo de reuniones cuando acaban, por si Virginia tiene sugerencias para mejorar los procesos, o simplemente pasar un rato con su ahijada.

—¿Desprecias mi vino? —entorna los ojos Jorge.

—Para nada, sé que no permitirás que esa copa se quede ahí, pero a

mí no me apetece, quiero algo con un sabor más fuerte.

—Como deseas. ¿Cómo está Marta?

—Bien, los días como estos son sus favoritos, se levanta tarde y gandulea todo lo que puede, es su manera de quitarse el estrés que acumulamos en las bases.

—¿Habéis tenido muchos problemas?

—Bueno, ya sabes que nuestra presencia es cada vez más molesta, por lo que la colaboración de ciertas personas va acorde a ello, y eso hace más difícil el trabajo, pero solo es un obstáculo más que salvar, nada más.

—Siempre me ha gustado tu filosofía —reconoce Del Valle—, aunque a veces me saques de quicio y me provoques dolor de muelas.

Virginia sonríe, pero no tiene ese brillo que hay siempre en su expresión, y eso a Jorge Del Valle no se le escapa.

—¿Qué te pasa? —brama repentinamente serio.

La pregunta coge a la capitana por sorpresa.

—¿A mí?

—¿Hay alguien más sentado con nosotros? —bufa él ante la estupidez de la pregunta.

Virginia vuelve a sonreír.

—No me pasa nada —se encoge de hombros.

—Mírame bien, ¿tú te crees que yo soy tonto? —pregunta Jorge señalándose la cara.

—Pues no sabría qué decir, jefe... —bromea Virginia arrancándole una sonrisa.

—Ahora en serio, te noto triste, ¿estás bien?

Virginia nota una repentina tensión por todo el cuerpo y, por un momento, se siente tentada de contarle a Del Valle lo que le pasó anoche con Marta, ese instante en el que pasó de creer tener una relación estable con la recién nombrada sargento a ni siquiera saber si Marta habrá estado con otras mujeres en este tiempo que llevan juntas. Y lo peor es que pensar en eso la aterroriza tanto, que no se atreve a preguntarle.

—No estoy triste, Jorge, estoy cansada —contesta tragándose la congoja para no mostrarse débil—, es que estos viajes me agotan mucho aunque no lo parezca. Cuando llegue a mi casa, pienso tirarme en el sofá a

ver una peli mala con Marta mientras comemos guarrerías.

Aunque sabe que necesita hablar con alguien sobre lo que le pasa para no volverse loca, no quiere hacerlo con su jefe a pesar de que tiene confianza suficiente. Jorge ya le advirtió que meter en su equipo a su pareja a la larga podía ser un problema, y no quiere tener que darle la razón, al menos, no ahora.

—Pensaba que a tu edad los viajes todavía se soportaban —bromea él mientras devora su plato como si no hubiera comido en días—. En fin, hay una cosa sobre la que me gustaría hablarte.

Jorge vuelve a ponerse serio.

—Pues cuéntame —pide Virginia deseando distraer sus pensamientos.

—¿Sabes lo que es un agregado de defensa? —pregunta Jorge.

—Un representante militar destinado en alguna embajada del extranjero para coordinar asuntos relacionados con la defensa y la cooperación militar —responde la capitana ante la cara de sorpresa de su superior.

—Joder, a veces olvido que hablo con un manual del militar andante.

Virginia esboza una sonrisa suave.

—Pues bien, ya que conoces tan bien las funciones, quiero proponerte para el puesto en Reino Unido.

Boquiabierta, Virginia deja el tenedor sobre la mesa.

—Antes de que digas nada, no es para ahora —aclarar Jorge—. El agregado en Reino Unido se jubila el año que viene, en caso de aceptar, tendrías que trasladarte allí dos meses antes para el traspaso de poderes. Sé que tú eres una mujer de acción y no de las que resuelven problemas detrás de una mesa, Virginia, pero sería un gran salto en tu carrera y no podría dormir tranquilo si no te lo propongo.

—Pero ¿y mi trabajo de ahora? —pregunta ella, desconcertada.

—Seguiría igual que ahora, tendrías casi un año para formar un equipo a tu gusto, hasta podrías seguir coordinándolo desde allí, qué sé yo —dice Jorge—, y en cuanto a Marta, ya lo arreglaríamos para encontrarle un puesto allí contigo.

Virginia no dice nada. Si esto mismo se lo hubiera comentado ayer, se

hubiera negado tajante, ni siquiera lo hubiera dejado continuar cuando ha empezado, pero ahora se siente tan perdida y dolida con Marta, que la idea no le parece tan mala. Al fin y al cabo, según entendió ella, lo que tienen podría terminarse en cualquier momento, solo basta con que Marta conozca a otra mujer que le interese más que ella y esa extraña relación que al parecer tienen, se habrá acabado.

—¿Me lo puedo pensar?

—Sí, por supuesto. Pero tampoco te lo tomes a la ligera, proponer a alguien para un puesto así lleva su tiempo.

—De acuerdo, gracias, Jorge.

—¿Seguro que estás bien? —insiste el Jefe de Estado Mayor.

—Qué sí, pesado.

Cuando terminan de comer y se despiden, Virginia decide conducir sin rumbo antes de regresar a casa con Marta, porque antes sentía que fuera de ellas o no, volvía a un hogar, ahora, sin embargo, se siente fuera de sitio, como si ella fuese lo único que no encaja en esa casa. Cuanto más piensa en la conversación que tuvo con la sargento, más estúpida se siente. Es cierto que comparten techo por trabajo y no porque lo hubieran decidido como pareja, pero su convivencia y la química entre ellas es tan buena, que de algún modo, ella fue dando por sentado que se estaban afianzando como pareja y que, aunque el trabajo se terminase, ellas seguirían conviviendo en otra parte. Frustrada, sigue conduciendo hasta que se cansa y decide que es momento de volver.

CAPÍTULO 3

—Quiero que te corras para mí —susurra Marta sobre Virginia mientras la bombea con un movimiento exquisito.

—Estoy a punto —gime Virginia al borde del precipicio.

—Yo no voy a aguantar mucho, no sabes cuánto me pones.

Esa mañana, la sargento ha despertado a Virginia con caricias provocativas y besos calientes en el cuello. Sabe que le encanta comenzar el día de esa manera y Marta adora perderse en el cuerpo de la capitana sea la hora que sea. Las dos han hecho desaparecer las ropas de la otra con rapidez y al cabo de unos minutos, en la habitación solo se escuchaban gemidos y peticiones roncadas. Desde fuera, todo parece normal, una pareja que disfruta del sexo mañanero, pero lo que hay en las cabezas de sus protagonistas, es algo completamente diferente. Marta tiene empapada la frente y la entrepierna, está ida en el vaivén que protagoniza sin pensar en nada más. Sin embargo, Virginia, disfruta a medias porque sigue con la cabeza embotada tras la conversación que sostuvo con la que pensaba que era su chica y con la proposición que le hizo Del Valle.

Cuando las dos acaban exhaustas entre las sábanas húmedas, Marta se pega a ella con los ojos cerrados y una sonrisa bobalicona en los labios. De inmediato siente que Virginia no está relajada como siempre, así que levanta un poco la cabeza para mirarla y la observa viendo el techo como si algo muy importante estuviese sucediendo allí.

—¿Estás bien, Vir?

—Sí, estoy bien.

Una respuesta sin florituras que a Marta le suena a excusa.

—En serio, ¿qué te pasa?

Virginia se lo piensa unos segundos. Se debate entre dar un salto fuera de la cama y gritar que no, que no está bien. Que ella creía que eran una pareja y no dos tías que follan, viven juntas por trabajo y que, además, pueden ir por ahí conociendo a otras mujeres sin ningún problema. O fingir que no le pasa nada y que todo va perfectamente.

Gira la cabeza y mira a Marta.

—Me has dejado agotada —y sonríe tan falsamente que ni ella misma se lo cree—. Venga, vamos a salir de la cama, que se nos hace tarde.

Marta sonríe ampliamente —una sonrisa de verdad— dando por válida la respuesta de su compañera y casi hinchando el pecho porque sabe que no es fácil agotar a una mujer como Virginia.

—Que conste que puedo seguir —le dice caminando detrás de ella y dándole un azote en el culo—, contigo me pasaría horas en la cama, pero acepto que tenemos que trabajar.

—Me voy a la ducha, ¿puedes hacer café? —la capitana Robles no hace comentario alguno sobre lo que ha dicho Marta, no se siente especialmente motivada para seguirle el juego.

—¿Lista? —pregunta Virginia, que ya está vestida y peinada con una coleta alta y perfecta.

—No encuentro mi cartera —le dice Marta mientras levanta los cojines del sofá y mete la mano por sus escondrijos.

—¿Para qué la necesitas? —responde Virginia con el entrecejo en acordeón.

—Tengo mi documentación allí, además de que no podré entrar a la base sin ella, no puedo ir por la calle indocumentada.

—¿Has revisado la chaqueta negra que llevabas puesta cuando volvimos de viaje?

Marta tuerce los labios en un gesto pensativo y va a la habitación a buscarla. Virginia escucha cómo abre las puertas de los armarios y los cajones.

La capitana suspira.

—Está en el cesto de la ropa sucia, Marta. La dejaste allí el viernes.

Marta aparece en el salón a los pocos segundos con una sonrisa que podría derretir hasta el poliespán. Se acerca y le da un beso tan suave en los labios, que a Virginia se le contrae el corazón.

—Gracias, Vir, no sé qué haría sin ti.

Virginia no contesta, se gira aturdida y abre la puerta del apartamento para salir. Esas son las cosas que le cuesta comprender. Marta es cariñosa, atenta, la mira con amor y con deseo cuando tiene que hacerlo, pero niega con rotundidad que entre ellas haya algo formal.

Con ese pensamiento rumiante y molesto, la capitana Robles se sube al coche, cierra la puerta y empieza a conducir como un autómatas.

—Amor, ¿me estás escuchando? —Marta la trae de nuevo a la realidad.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que te acuerdes de que esta noche ceno con Adrián. Sí quieres cuando vayamos a casa a comer, te dejo la cena hecha, una tortilla.

—No te preocupes, no tienes que cocinar —le dice Virginia mientras entra a la tercera rotonda llena de coches que no dejan de pitar.

—Sabes que no me importa hacerlo, Vir. Si no quieres una tortilla, puedo hacer otra cosa —propone Pinares.

—Que no quiero nada, Marta. Me pediré algo a domicilio.

La capitana Robles ha soltado esa negativa de una manera más brusca de la que quería. Marta la observa con las cejas levantadas, interrogándola con la mirada. Aunque la sargento sea de mecha corta, cuando se trata de Virginia en el plano sentimental, tiene mucha paciencia, no alza la voz y evita agobiarla.

Virginia aprovecha que un semáforo se ha puesto en rojo para acariciar el muslo de su compañera y darle un beso casto en los labios.

—No te preocupes por mí, disfruta de la cena con Adrián, que yo me pido algo ligero —zanja melosa, intentando que Marta deje ya el tema.

El día a la sargento Pinares se le pasa volando y cuando se quiere dar cuenta, va de camino a ese bar americano en el que quedó con su amigo, el también recién nombrado sargento Adrián Torres, al que hace pocas semanas lo trasladaron a una base muy cerca de Madrid y que no dudó en contactar con Marta para reunirse con ella.

Pinares llega más temprano de lo que había calculado, aún le cuesta medir los tiempos porque a veces se le olvida que no está en Huesca y que en la capital española todo va mucho más rápido. Se pide una cerveza y espera a su amigo, que llega cuando esta apenas le ha dado un trago a su bebida.

—Joder, Adri, qué bien te veo —Marta lo abraza efusiva demostrándole el cariño que siente por él.

—Lo mismo digo, Pinares. Salir de esa base nos ha hecho muy bien —contesta Adrián mientras toma asiento.

—Ese sitio era un cáncer, se llevó a Dani —recuerda con pesar—, y también a nosotros si no hubiese sido por la llegada de la capitana Robles.

—Me he enterado del grupo que ha formado y sois como la peste, todo el mundo huye de vosotras —se ríe Torres.

—Yo estoy encantada, Adrián. No sabes cómo están cambiando las cosas dentro del ejército. Hay mucho trabajo por delante, pero créeme, este equipo hacía falta.

—De eso estoy seguro. Si hubieseis existido antes, es posible que Lorenzo estuviese vivo —suspira con tristeza, levanta su cerveza y sonríe con melancolía—, por Dani.

—Por Dani —brinda la sargento Pinares—. Estás contento con tu asignación, ¿no?, he oído buenas cosas sobre ti.

—Por fin estoy donde quería, Marta. Reconocen mi trabajo y además estoy muy a gusto.

Los sargentos se ponen al día, contando todo lo que han hecho durante estos meses en los que ambos salieron de la base y comenzaron de nuevo en sus nuevos destinos.

Después de una hora, Marta siente que su conversación está incompleta si no le habla de lo que hay entre ella y Virginia. Sopesa si contárselo a Adrián, pero no ve nada negativo en hacerlo, son muy buenos amigos y está segura de que él se alegrará.

—¡No me jodas! —los ojos del sargento parecen dos paellas—, mira que tienes buen gusto, Pinares.

Marta suelta una carcajada y le lanza una servilleta de papel hecha una bola en la cara.

—No es solo el físico, Adri, Virginia es una mujer muy inteligente, audaz y cariñosa. Es imposible no fijarse en ella. Incluso la convivencia con ella es muy fácil.

—Vais en serio, entonces —afirma Torres.

—No, a ver, nos estamos conociendo —repite Marta como si fuera un guion—, me gusta mucho y estoy enamorándome de ella, pero no hay nada formal.

—¿No me decías que vivíais juntas? —pregunta el sargento confundido.

—Sí, pero es solo por trabajo. Nos asignaron un piso aquí en Madrid que es donde tenemos la oficina. No pasamos demasiado tiempo allí, estamos de base en base. Hace unos días tuvimos una conversación al respecto, Vir se agobia en ese piso tan pequeño e impersonal y quería que nos fuéramos a otro sitio escogido por las dos, pero yo no estoy en ese punto de la relación todavía —cuenta Marta y le da un trago largo a su cerveza como si no hubiese bebido en días.

Adrián parpadea más confundido que antes.

—Eso no tiene ningún sentido, Marta. Ya vivís juntas, no entiendo la diferencia.

—Eso es distinto, compartimos piso por trabajo —Marta sigue en sus trece—, yo no estoy preparada para dar el paso de mudarnos juntas oficialmente como pareja. Cuando esté segura de que es para una relación formal para toda la vida o al menos para muchos años, entonces lo haré. Ahora mismo necesito mi espacio y quiero seguir como estamos.

—Y parecía tonta —suelta el sargento Torres—, tú lo que quieres es hacer lo que te dé la gana cuando te dé la gana.

—Claro que no —se ríe Marta—, no es eso, pero...

Adrián la corta sin miramientos.

—Asumo entonces que lo mismo es para la capitana Robles, ¿no? Ella puede hacer lo que quiera y acostarse con quien desee sin tener que darte explicaciones.

Marta siente un repentino escalofrío colarse por su espalda y recorrerle el cuerpo hasta la cabeza al pensar en Virginia desnuda con otra persona en la cama. Su intención no es buscar a otras mujeres, pero sigue sintiendo que no está lista para formalizar una relación tan rápido, le da pánico sentirse atrapada y, aunque no está muy convencida de lo que dice su amigo, menos convencida está de tener una mujer, una casa con jardín y un perro.

—Sí —balbucea Marta—, ella puede hacer lo que quiera.

Adrián Torres levanta una ceja y ladea una sonrisa irónica. Puede parecer un chico que no tiene ni idea del amor, pero es un excelente analista y sus cálculos no fallan. Desde luego sabe que Marta se está equivocando y que tarde o temprano le explotará en la cara esa filosofía de chica liberal que quiere proclamar.

CAPÍTULO 4

Virginia y Marta ya llevan casi una semana haciendo trabajo de lo que la capitana considera de oficina, el que más le aburre. Y teniendo en cuenta su estado emocional en esos días, estar encerrada en esas cuatro paredes del despacho que tienen asignado en una de las bases militares de Madrid, la está asfixiando hasta tal punto que sus piernas se mueven de manera compulsiva mientras sigue repasando informes de los que Del Valle le pasó en su día como posibles candidatos para una investigación.

Ella y Marta los van leyendo de manera concienzuda, toman notas y subrayan hechos hasta que encuentran alguno lo suficientemente llamativo como para ponerlo en el punto de mira y convertirlo en su siguiente caso.

Al contrario que Virginia, la sargento Pinares está tranquila. Sus mesas están situadas de manera opuesta, dándose la espalda, Virginia lo decidió así el primer día para evitar distracciones. Marta está repantigada en su silla, leyendo concentrada sin pensar en otra cosa que no sea el trabajo, completamente ajena al torbellino emocional que desató en Virginia aquella noche.

—¿Quieres café? —pregunta la capitana.

Marta se gira de repente y la encuentra de pie junto al pequeño mueble del rincón donde tienen una cafetera y un hervidor de agua.

—¿Te vas a tomar otro? —pregunta sorprendida—, ya llevas tres esta mañana, Vir. ¿No prefieres una infusión?

—Me apetece café, ¿te preparo algo?

—Una menta poleo.

Esta vez Marta sí que la observa mientras la capitana prepara los brebajes. A veces tiene la sensación de que últimamente está en tensión permanente, pero cuando le pregunta, Virginia asegura que no le pasa nada, y como Marta sabe que estar encerrada en el despacho es algo que

la pone nerviosa conforme pasan los días, decide dar esa opción como válida.

—Toma —Virginia le acerca la taza y la coloca sobre el posavasos de su mesa.

—Gracias.

Marta la agarra de la camiseta con gesto posesivo y tira de ella. Virginia, a la que le encantan esos gestos espontáneos de la sargento, esboza una sonrisa antes de inclinarse y darle el beso que Marta está buscando.

—Podríamos echar el pestillo de la puerta y... —dice Marta, que se ha puesto muy cachonda cuando ha visto el pecho de Virginia al tirar de su camiseta.

—Estamos trabajando —sonríe Virginia y se aparta, también acelerada.

La capitana vuelve hacia su mesa y se sienta dándole la espalda a Marta mientras escucha sus quejas lastimeras. Tiene el pulso disparado y sabe que no es solo porque Marta la ha encendido. Desde hace un par de días, nota que se acelera de manera repentina, sin poder controlarlo, y entonces se agobia y siente que le falta el aire. Virginia no es estúpida y reconoce esos síntomas como ansiedad, pero se niega a dejar que la controle, por lo que clava la mirada en la pantalla tratando de centrarse en el informe que leía cuando salta la notificación de un correo en la bandeja de entrada.

No conoce al remitente, pero el asunto le llama la atención de inmediato: “información de su interés”. Virginia lo abre y comienza a leer con gesto concentrado, olvidando por completo su taza de café recién hecho.

—Creo que tenemos algo, Marta.

La sargento se gira con su silla y la hace rodar hasta situarse al lado de Virginia.

—Cuenta —le pide intrigada.

—Acabo de recibir un correo —Virginia le señala la pantalla—. Es de un tipo que asegura pertenecer a una base cercana a Burgos donde dice que ha desaparecido un soldado.

—¿Desaparecido? —repite Marta con las cejas arqueadas—. ¿En qué circunstancias?

—No da detalles específicos. Tampoco se identifica porque dice tener miedo de que a él también le pase algo, porque según dice, está seguro de que detrás de la desaparición de la soldado, está un teniente de la misma base que llevaba semanas acosándola.

—¿Y no dice nada más? —frunce el ceño Marta.

—No.

—No es gran cosa, Vir —hace una mueca.

—No, no lo es, de hecho, es una porquería.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Vamos a ir hasta esa base para ver qué coño pasa?

—Ni hablar. Antes de movernos hemos de confirmar que lo que dice es cierto. Yo consulto las noticias en el móvil cada día y no he visto nada sobre la desaparición de ninguna militar. Llamaré a Del Valle, a él le bastará con una llamada para conseguir la información.

—Y si es verdad que ha desaparecido, ¿cuál será el siguiente paso?

—Ir allí y hablar con este tío. No está dispuesto a dar información por correo ni por teléfono, pero sí en persona siempre que sea un lugar que él elija —comenta la capitana.

—Joder, un poco paranoico, ¿no? —arquea las cejas Marta.

—Bueno, si realmente tiene razón en lo que dice, hace bien en protegerse.

Virginia descuelga el teléfono fijo que tiene sobre su mesa y marca de memoria el número de Jorge Del Valle. En cuanto descuelga, la capitana le explica lo mismo que le ha contado a Marta hace un momento y le pide que investigue si es cierto que ha desaparecido alguien en esa base.

—Está bien, déjame hacer algunas llamadas —le pide el general.

—Gracias, Jorge.

—¿Sabes? Es muy raro escucharte hablar con esa confianza con un hombre como Del Valle —dice Marta cuando Virginia cuelga—. Es la máxima autoridad, a mí me impone un respeto que te cagas y tú le hablas como si fuera tu colega —dice con los ojos desorbitados.

Virginia suelta una risotada y se encoge de hombros.

—Qué quieres que te diga, cuando yo lo conocí no ostentaba el cargo que tiene ahora, y la costumbre es la costumbre.

—Sí, supongo —Marta también sonríe—, y es genial tener el respaldo de alguien como él, puede abrirte muchas puertas.

El comentario de Marta es completamente inocente, pero Virginia siente que le cae una roca encima cuando la escucha. No le ha comentado nada sobre el puesto que le ofreció Jorge. No es que quiera ocultárselo a propósito, es que, durante aquella conversación, Virginia sintió que ella había avanzado demasiado en la relación cuando Marta parecía haberse quedado en el inicio, y no está segura de que la sargento quiera que la involucre en decisiones tan serias como esa. Marta le dejó muy clara su posición, según ella, todavía se están conociendo, por lo que Virginia ya no sabe hasta qué punto puede abrirse con ella sin traspasar los límites que la sargento parece haber establecido y que ella desconoce.

De repente, se descubre pensado que ojalá esa chica haya desaparecido y tengan que desplazarse a esa base de Burgos, porque allí está Carlota, la hermana de Daniel Lorenzo y también su ex y alguien que se ha convertido en una buena amiga, y eso es lo que necesita ahora, hablar con alguien de confianza de lo que le pasa, explicarle lo que siente y que la ayude a aclarar esa confusión que la está destrozando por dentro.

El timbrado del teléfono la sobresalta y la mano le tiembla cuando va a cogerlo, porque se siente una persona miserable al haber deseado que una chica esté desaparecida solo para que ella pueda desahogarse. Virginia reza mentalmente mientras descuelga para que la respuesta de Del Valle sea que todo es una farsa y que ese tipo del correo solo les ha gastado una broma de mal gusto.

—Dime, Jorge.

—Confirmado —contesta el jefe de Estado provocando que a Virginia el corazón le dé un vuelco—. La chica lleva un par de días desaparecida. La noticia no ha trascendido a los medios por ahora, pero no tardará en hacerlo.

—¿Desapareció en la base? —pregunta la capitana.

—No, por lo poco que me han contado, la última vez que se la vio fue después de salir de un bar del pueblo, a partir de ahí se le pierde la pista. El coronel al mando de la base tiene a todos sus hombres haciendo batidas por la zona en colaboración con la Guardia Civil, no tengo más datos, pero si ese tipo te ha dicho que había un teniente acosándola, deberíais ir e investigarlo.

—Está bien, pues si das el visto bueno, nosotras podemos salir hoy mismo.

—De acuerdo, mi ayudante se encargará de pasaros la dirección del que será vuestro apartamento en la zona. Allí tengo un conocido, es un investigador muy bueno y de confianza, le diré que contacte con vosotras y se ponga a vuestra disposición para cualquier cosa que necesitéis.

—Perfecto, pues vamos hablando, Jorge.

Virginia cuelga y suspira.

—¿Nos vamos de viaje? —sonríe Marta y ella asiente con una mueca.

—Voy a enviarle un correo a este tipo, le diré que vamos para allá y que me diga dónde quiere que nos veamos.

—Genial, voy a coger el portátil —dice antes de darle un beso en la mejilla.

Virginia siente una especie de vértigo repentino, de nuevo se van de viaje y cuando vuelvan lo harán a ese apartamento donde ella ya no se siente cómoda. Si antes le parecía

impersonal, tras la conversación con Marta le parece que regresa a algo parecido a un hotel, un lugar de paso, y eso no es lo que ella quiere. Por primera vez desde esa fatídica noche, Virginia tiene una cosa clara, si para Marta su convivencia se basa solo en algo laboral, lo mejor es que vivan separadas. La capitana acaba de decidir que buscará un apartamento para ella sola en cuanto vuelva, por mucho que le duela pensarlo.

CAPÍTULO 5

Llegan a la provincia de Burgos donde está ubicada la base en la que la soldado María Teresa Romero estaba destinada. Nada más entrar al apartamento que Jorge del Valle ha dispuesto para ellas, Virginia siente un pinchazo en el pecho porque ve cómo Marta entra a la habitación con una sonrisa inmensa dibujada en los labios y se tira sobre la cama de espaldas con los brazos abiertos y un gesto placentero en la cara. La capitana Robles tiene claro que su compañera disfruta de estos lugares de paso, impersonales y sin nada que los ate a ella —como la relación que tienen— piensa Virginia.

—¡Joder, Vir! Ven a tumbarte en este colchón, es el más cómodo que he probado en mi vida —dice Marta tan entusiasmada, que Virginia no puede evitar sonreír pese a que dentro de su mente hay una tormenta colosal.

—Como te quedes ahí, te duermes —dice la capitana cuando ve que Marta cierra los ojos con gesto de placer—, venga, que hemos quedado en una hora y el lugar queda alejado de aquí.

—Aun no entiendo tanto misterio, no me da buena espina que nos cite allí y no nos dé ninguna otra información.

—No te preocupes, Jorge se ha encargado de que estemos bien protegidas. A mí tampoco me entusiasma la situación —confirma Virginia—, pero si lo que dice esa persona es verdad y tiene información relevante, tendríamos algo gordo entre manos.

Marta asiente apoyando las palabras de Virginia y se queda embelesada mirándola a la vez que piensa en lo afortunada que es por tener a su lado a una mujer tan inteligente, con una fuerza interior capaz hacer temblar a cualquiera con tan solo su mera presencia. Sonríe al ver que la capitana la mira con las cejas unidas en un claro gesto de *¿en qué estás pensando?*

Marta se levanta de la mullida cama y coge por la cintura a Virginia, la besa con profundidad, con la lengua nerviosa moviéndose por toda la cavidad haciendo que ambas se tambaleen y suelten un gemido placentero que precede a un momento de pasión desenfrenada.

—Para quieta —Virginia da un paso atrás, sofocada—, no podemos llegar tarde.

—Uno rapidito, anda —suplica la sargento Pinares.

—Ya me conozco tus rapiditos, así que no —Virginia mira su reloj de pulsera—, vamos a bajar, que ya debe estar el coche esperando.

Marta hace un puchero infantil y le da uno de esos besos en la mejilla que siempre logran desarmar a Virginia. La capitana le sonríe y suspira, qu e rápido ha querido a Marta y que bien se siente cuando est n así y no piensa en el otro tema que tanto la atormenta.

—Pero me debes una noche movida —la señala Marta con esa media sonrisa gamberra que pone cuando su nivel de excitación roza lo peligroso.

—Ya veremos —la chulea Virginia—, si te portas bien, puede que tengas premio.

— Vaya! Pues será la mejor portada del planeta.

Ambas sonríen y bajan a la calle donde, como imaginaba Virginia, ya las están esperando dos hombres dentro de un coche. La capitana sabe que son militares bien entrenados, de esos que van siempre de paisano y hacen los trabajos más discretos para altos cargos. Se siente segura yendo acompañada, pero tampoco quiere que la presencia de ellos asuste a su contacto y se queden sin información.

Al cabo de media hora, llegan a un parque completamente desolado. Donde antes había columpios y toboganes, ahora solo hay tierra, piedras y estructuras oxidadas. Uno de los hombres que est  en el coche hace el ademán de salir y Virginia lo detiene sujetándolo suavemente del brazo.

—No es necesario que salga —le dice con voz firme cuando el aludido se gira con el ceño fruncido—, seguramente la persona con que hemos quedado est  vigilando la zona y no quiero que se marche cuando os vea.

—Lo siento, capitana, pero las órdenes son q...

—Aquí las órdenes las doy yo —responde con un tono que no da derecho a réplica—, vuestro trabajo es cuidar de nosotras y no quiero entorpecer vuestra misión, pero si afecta a la mía, es un problema. Quedaos por la zona, nosotras caminaremos hacia el otro extremo del parque, si dais la vuelta por detrás seguro que tenéis buena visión y estaréis lo suficientemente cerca para actuar si detect is peligro.

El militar la mira durante unos segundos y hace un leve movimiento con la cabeza para indicar que la ha escuchado, pero que no est  de acuerdo con su actitud. Virginia abre la puerta y sale del coche junto a Marta, que se ha mantenido callada todo el rato. A pesar de que se acuestan y pasan tiempo juntas en el plano personal, Virginia le ha dejado muy claro más de una vez que ella es su superior y que no puede cuestionar ni sus decisiones ni sus planes.

—Pinares —dice la capitana con una frialdad asombrosa—, abre bien los ojos y estate atenta. Quédate unos pasos detrás de mí y cuando llegue el contacto, seré yo quien lleve la conversación. No quiero que se agobie o que sienta que es un interrogatorio, me interesa que nos diga todo lo que sabe.

Marta va a abrir la boca cuando ve a una figura larguirucha en una esquina del parque. Se esconde bajo una sudadera con capucha que le tapa la cara y mira a un lado y a otro, nervioso y con las manos en los bolsillos de la prenda. La sargento Pinares tiene un mal presentimiento y a su cabeza viene la imagen de aquella vez en la que a Virginia le dieron tal paliza que la dejaron muy jodida durante varios días. No puede evitar que el miedo le anude la garganta, así que extiende la mano y coge del brazo a su superior.

—Esto no me gusta, Virginia, deberíamos dar media vuelta.

—Voy a hablar con él. Si quisiera hacernos daño, no nos hubiese citado aquí, sino en un lugar cerrado con menos vigilancia. No es tonto, sabrá que venimos acompañadas.

Dice esto, se suelta del agarre de Marta y camina directa al sujeto que, aunque ha reparado en las dos, sigue mirando a todos lados con gesto incómodo.

—Saca las manos de la sudadera y quítate la capucha —exige Virginia, que se ha detenido a varios metros del hombre.

—No tengo nada en los bolsillos —dice el encapuchado sin mirarla a los ojos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta la capitana Roblas sin moverse de su sitio.

—Eso no tiene importancia —responde el hombre misterioso y esta vez sí la mira directo a la cara—, no necesita saber quién soy para escuchar lo que tengo que decir.

Virginia se pinza el puente de la nariz y luego se pasa los dedos por la frente intentando calmarse. Siempre ha tenido un carácter duro, pero últimamente le hace falta muy poco para saltar y entrar en cólera, le cuesta controlar estos arrebatos y sabe que es por la situación que vive con Marta. Ella, que jamás ha mezclado su vida personal con el trabajo, le está costando lo suyo poder separar una cosa de la otra.

—Dime cómo te llamas para poder dirigirme a ti —le explica Virginia de forma más calmada, conteniendo la ira que siente por dentro.

—Felipe.

—Felipe —repite Robles resaltando cada sílaba del nombre que ella sabe muy bien que es falso.

—Vamos a hacer una cosa, Felipe. Te doy un minuto para que reconsideres si ese es el

nombre que quieres darme. He venido hasta aquí desde Madrid a ciegas, guiada por un tipo que dice tener información sobre alguien que, puedo suponer, es importante para él y ha desaparecido. Pero en vez de ponérmelo más fácil, se esconde como un ratero desconfiado. En cierta forma lo puedo entender, pero aquí estoy yo dando la cara y ahora sabes quién soy, y cómo me hagas perder el tiempo, juro que haré pagar cada minuto que he gastado en llegar aquí y haré de tu vida un infierno.

Marta se tensa al escuchar la clara amenaza de Virginia. Le parece que está exagerando y dada la expresión de miedo del hombre, siente que está actuando de una forma demasiado violenta sin ser necesario.

—Virginia —susurra Marta acercándose a ella.

—Capitana Robles, Pinares —la corrige con los ojos cargados de dureza—, vuelva a su lugar. Te quedan treinta segundos, Felipe —gira la cabeza y mira al hombre que se debate en cuál será su próximo paso.

—Soy el cabo Jaime Fernández, capitana —se escucha en el silencio del parque y un imperceptible rictus corporal acompaña a Fernández evidenciando la tensión que le recorre de pies a cabeza.

—Mucho mejor, cabo. Ahora sí podemos hablar sin tanto misterio.

—Lo siento, capitana, pero entienda que es muy difícil para mí confiar en alguien. Me costó mucho atreverme a enviarle aquel correo, pero se lo debo a María Teresa.

—Y lo comprendo, Fernández —explica Virginia más tranquila, consciente de la dureza con la que ha manejado la situación—, pero piense usted también que todo esto pudo haber sido una encerrona. Ahora presido un equipo que no es muy querido por nuestro propio cuerpo militar y no puedo bajar la guardia en ningún momento. Ahora, por favor, cuénteme lo que sabe.

El cabo Fernández expulsa todo el aire que tenía atrapado en los pulmones, no es que confíe del todo en la capitana, pero al menos sabe que es una mujer de armas tomar y presiente que puede ayudarlo a saber dónde está su compañera y amiga; María Teresa Romero.

—Se trata de la soldado Romero —empieza Jaime—, trabaja en la base conmigo desde hace un tiempo. Una chica con un expediente pulcro y muy eficiente en su trabajo. Un día empecé a notarla rara, como nerviosa o quizá paranoica, le pregunté el motivo y ella dijo que no era nada.

—Continúe, Fernández —lo anima Virginia Robles a ver que el cabo se ha quedado en silencio con los ojos acristalados.

—A las dos semanas más o menos, me di cuenta de que no había llegado al puesto y salí a

buscarla. Pensé que estaría en el comedor porque justo acababa la hora de la comida, pero no la encontré allí, así que di una vuelta por la base y a lo lejos vi cómo tenía una discusión con un superior.

Como si estuvieran coordinadas, la sargento Pinares y la capitana Robles alzan las cejas, no por el asombro de ese dato que acaba de explicar Jaime Fernández, sino más bien porque se esperan lo peor, ya tienen experiencia en el abuso de poder dentro de las bases.

—Ella parecía muy enfadada —continúa Jaime—, y él la miraba sin decir o hacer nada. En cuanto Romero echó a andar, volví al puesto en el que ambos teníamos que estar y me decidí a preguntarle.

— Y ¿qué le dijo? Necesito el nombre de ese superior —pide Virginia.

—Al principio se negó a hablar, pero la encaré porque sé lo que suele pasar en estos casos —Jaime cabecea entristecido—, María Teresa es una chica muy guapa, ¿sabe? Es inteligente y muy divertida. Estaba seguro de que ese cerdo la estaba acosando.

—Y no se equivocó —Virginia no pregunta, afirma.

—Y no me equivoqué —confirma Fernández—, el teniente Miguel Barrios llevaba meses acosando a Romero. Al principio, según ella misma, era todo muy discreto. Él se limitaba a seguirla con la mirada en cuanto la veía o se sentaba cerca de la mesa que ella ocupaba cuando estaba en el comedor. Pero después fue a más, empezó a aparecer en el puesto que le tocaba ese día en la base, a la salida de esta o incluso fuera.

—¿Abusó de ella? —Virginia siente ser tan directa, pero es una información muy relevante para ella.

Jaime la mira con desconcierto, a estas alturas poco puede ocultar sus sentimientos hacia la desaparecida y aunque nunca fueron correspondidos, él la respetó siempre y se convirtió en un buen amigo. Se asfixia al pensar que lo que le ha podido pasar a Romero y teme no volver a verla.

—No —responde—, Miguel Barrios no llegó a tanto. Al menos hasta que ella desapareció, el teniente se había limitado a intentar que ella saliera a cenar con él o a tomar una cerveza. Ese día que los vi discutir fue porque Romero lo descubrió haciéndole fotos a escondidas y ella no pudo soportarlo más. Así que lo enfrentó.

—¿Barrios la llegó a amenazar en esa discusión o en algún otro momento? —pregunta Robles.

—No, que yo sepa. Ella me dijo que el teniente se sorprendió cuando ella lo encaró, parecía avergonzado y algo temeroso.

—¿Temeroso? ¿Tenía miedo de que Romero lo denunciara? —esta vez es Marta quien habla, ha cumplido su palabra de estar callada, pero no puede frenar los interrogantes que bailan en su mente sin parar.

—Más bien que su mujer se enterara. Miguel Barrios está casado, pero como veis, eso no le ha impedido ir detrás de otras mujeres —escupe Jaime con asco.

La sargento Pinares bufa y menea la cabeza con rabia harta de ver cómo se repite el mismo patrón una y otra vez en las bases, hombres con rangos superiores acosando a mujeres que, por miedo, inseguridad o desconfianza, no son capaces de denunciar y luego ya es demasiado tarde para hacerlo.

—Pero María Teresa estaba dispuesta a denunciarlo —se apresura a contar Jaime Fernández—, fue lo último que hablamos. Dijo que con ella no había pasado nada porque era una mujer fuerte y decidida, pero que no todas eran así y no iba a permitir que otras más débiles sufrieran por culpa de un perverso.

—Todo lo que nos cuenta es buena información, cabo, pero no es suficiente para implicar a Miguel Barrios en la desaparición de la soldado Romero —zanja Virginia, que se conoce muy bien las leyes y sabe perfectamente que con lo que tienen no puede hacer nada, al menos no de manera oficial y que luego se pueda utilizar en un proceso judicial.

—Estoy seguro de que él tiene algo que ver, capitana. La noche en la que María Teresa desapareció, estábamos juntos en un bar tomando una cerveza. Ella estaba muy cansada y decidió marcharse, pero yo me quedé un rato más. Vi al teniente Miguel Barrios allí y como salió tras ella del bar.

—Sí sabía que Barrios acosaba a la soldado, ¿por qué no salió usted también tras ella? —el tono de indignación de Marta Pinares es tal, que la propia Virginia la mira de reojo atenta, lista para evitar cualquier acercamiento físico de la sargento al cabo Fernández.

—Lo siento —Jaime Fernández rompe a llorar como quien lleva días aguantando un dolor muy profundo—, Barrios no había sido violento con ella en ningún momento y pensé que solo la estaba esperando para hablar, para pedirle perdón o incluso que no le dijera nada a su mujer. Yo ... Yo me quedé con una chica que había conocido allí mismo y que me invitó una cerveza. Hacía mucho que no me interesaba por otra mujer y decidí disfrutar de la noche.

Marta tiene los puños apretados y el semblante tan duro como una roca. No se puede creer que el cabo que dice ser un buen amigo de la desaparecida haya actuado de esa manera. Quiere pegarle, fuerte, en la cara y preguntarle mil veces porque coño no salió tras ella.

Virginia parece adivinar lo que su compañera desea hacer y da un paso al lado

interponiendo su cuerpo entre ambos militares.

—Necesito que sea mis ojos dentro de la base, Fernández —dice Robles—, nosotras nos encargaremos de investigar a Barrios, hablar con la familia de María Teresa Romero y enterarnos de si llegó a interponer la denuncia. Quiero saber todo lo que ocurre allí dentro, todo lo que vea, lo que oiga, aunque le parezca poco, para nosotras seguramente será valioso. De más está decirle que debe actuar con discreción, nosotras haremos demasiado ruido fuera y no quiero que dentro las aguas se enfurezcan.

Jaime Fernández no tiene ni que pensárselo.

—Sí, capitana. Cuente conmigo para lo que necesite —dice con la voz rota, llena de culpa y dolor.

—Estaremos en contacto —se despide Virginia dándole su tarjeta y dando la vuelta para salir del parque junto a Marta.

—Esto me huele muy mal —suelta Pinares seria.

—Pues prepárate, porque estoy segura de que vamos a pasar una buena temporada en Burgos.

CAPÍTULO 6

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Marta en cuanto vuelven a subir en el coche.

Virginia suspira pensativa mientras espera a que los dos hombres que las protegen terminen de fumar fuera del vehículo.

—Vamos a la base, a ver qué información nos dan sobre este tal Miguel Barrios.

—¿No es mejor que vayamos a ver primero a la familia de María Teresa? Seguro que ellos nos cuentan más cosas que en la base, ir allí es perder el tiempo —rezonga Marta, asqueada después de tantos desplantes por parte de altos cargos en cada base que han pisado.

—Puede que sea una pérdida de tiempo, pero hay que hacerlo. Además, si no pasamos por allí, les estaremos dando justo lo que quieren, libertad para seguir haciendo las cosas a su manera, y no pienso consentirlo. Voy a ser una jodida mosca cojonera.

Las puertas del coche se abren al mismo tiempo que Marta suelta una carcajada.

—Llévenos a la base —ordena Virginia al conductor.

—Como mande —contesta, solícito.

A las dos mujeres les sorprende el gran movimiento que hay en la base, con soldados entrando y saliendo de manera continua. La capitana espera que, como en la última, les pongan problemas incluso en la caseta exterior, pero cuando el soldado llama para consultar si las puede dejar pasar, Virginia y Marta se quedan de piedra en cuanto les sube la barrera y les indica que el coronel Francisco Sebastián las recibirá en su despacho.

—¿Crees que esto es obra de Del Valle? —pregunta Marta sorprendida—. Quizá ha llamado para exigir que no nos pongan trabas.

—Eso lo hace siempre y nos joden igualmente —Virginia no puede borrar la mueca de sorpresa de su rostro.

El coche aparca frente al edificio principal y las dos mujeres bajan y acceden al interior.

—¿Capitana Robles? —pregunta un cabo cuadrándose ante ella.

—Sí, descanse —dice descolocada.

—Cabo Cortés —se presenta—, si me acompañan, el coronel las está esperando.

Virginia y Marta cruzan una mirada de desconcierto y siguen al cabo hasta la última planta, donde las deja frente a una de las puertas y se hace a un lado para que puedan pasar. La capitana da un par de golpes con los nudillos antes de abrir y asomarse, encontrándose al coronel mirando por la ventana.

El hombre, extremadamente delgado y con el pelo casi blanco, se gira y responde al saludo de la capitana y su subordinada cuando se presentan.

—Pasen y tomen asiento —las invita amable.

Virginia está muy recelosa, sin tener claro si la aparente amabilidad del coronel es impostada o realmente sincera.

—No dispongo de mucho tiempo —dice él mirando su reloj—, tengo una reunión ineludible en veinte minutos, pero todo ese tiempo es suyo y si no es suficiente, podemos reunirnos de nuevo más tarde.

Marta ni siquiera parpadea cuando mira de reojo a Virginia, tratando de averiguar si está tan confundida como ella.

—Seamos directos si les parece —sigue él—, sé que están aquí para investigar la desaparición de la soldado Romero. Les aseguro que nadie más que yo, quiere que esa chica aparezca sana y salva, así que, dígame, capitana Robles, qué quiere saber.

—De acuerdo, yo también seré directa —contesta la capitana—. Tengo información sobre un teniente que trabaja en esta base y que podría haber estado acosando a Romero. ¿Sabe algo de eso? —tantea Virginia.

—El teniente Barrios —el coronel frunce el ceño—. Lo estamos investigando y por ahora está suspendido de empleo y sueldo, además de tener prohibido cualquier acceso a la base.

Virginia, sorprendida, toma notas en una pequeña libreta.

—¿Puedo preguntarle cómo se enteró del acoso? —indaga Virginia.

—Lo denunció la propia Romero.

—¿Oficialmente? —insiste la capitana.

—Sí. Hizo la denuncia y me informó de ello. Desde entonces, su abogada ha tenido vía libre para investigar en esta base.

—¿Su abogada?

—María Teresa Romero contrató a una abogada de Madrid experta en este tipo de casos donde hay abuso de poder.

Virginia no sale de su asombro ante lo fácil que le está resultando hablar con el coronel, y este parece habérselo notado.

—Mire, Robles —dice juntando las manos sobre la mesa—, sé a qué se dedican usted y la sargento y me imagino lo difícil que les estará resultando en algunas bases, pero le aseguro que en la mía no va a ser el caso. Estoy de su lado. Me tomé muy en serio el problema con el teniente Barrios suspendiéndolo de inmediato hasta que todo se aclare, y me tomo más en serio todavía la desaparición de Romero. He puesto a disposición de la Guardia Civil a todos los soldados de esta base para que colaboren en la búsqueda, y haré cuanto esté en mi mano por ayudar, así que usted solo tiene que decirme lo que necesita y lo tendrá.

—Se lo agradezco. ¿Puede decirme cuándo hizo la denuncia la soldado Romero?

—Hace unos diez días, le conseguiré una copia y haré que se la entreguen de inmediato por si quiere echarle un vistazo. Aunque lo que realmente le aconsejo si quiere estar al tanto de todo, es que hable con la abogada. Me pareció apropiado que alguien ajeno a la base dirigiera la investigación interna, y con la experiencia de esa mujer, decidí ponerla al mando. Así que ha tenido carta blanca para interrogar a quien ha considerado, aunque ahora todo se ha convertido en un caos con la desaparición de Romero.

—¿Está considerando a Barrios como sospechoso? ¿Se ha informado a la Guardia Civil que investiga la desaparición de ese acoso al que era sometida por parte de este individuo?

—Primero intentamos aclarar si se ha tratado de una desaparición voluntaria o forzada, por lo que, tanto Raquel Martínez como yo, hemos estado de acuerdo en no revelar ese dato por ahora, aunque tenemos vigilado a Barrios.

—¿Martínez es la abogada?

—Sí, ahora les daré su tarjeta. En cuanto a la Guardia Civil, se están ocupando de hablar con posibles testigos y son los que dirigen y coordinan las batidas de búsqueda. Martínez es la que tiene más trato con ellos, en cuanto Romero desapareció, su familia la nombró también portavoz, así que esa mujer tiene más información que nadie en este pueblo sobre la soldado Romero.

A Virginia le queda claro que debe hablar con ella.

—Está bien, pues por ahora no le robamos más tiempo, coronel, le agradezco enormemente su colaboración.

—Agradézcamelo encontrando a la soldado Romero —el coronel se levanta.

—Una cosa más —pide Virginia imitando a su superior—. ¿Hay algún lugar desde el que la sargento Robles y yo podamos trabajar? No necesitamos mucho espacio, nos basta con...

—Está arreglado, no se preocupe. He mandado que les preparen un despacho, el cabo Cortés las acompañará, y si necesitan cualquier cosa, no duden en pedírsela. Esta es la tarjeta de Martínez, creo que hoy no está por la base, pero seguro que la encuentra por el pueblo.

—No se preocupe, me pondré en contacto con ella. Gracias.

—Qué fuerte —dice Marta en cuanto el cabo Cortés las deja solas en el despacho que han habilitado para ellas—. ¿Crees que iba de farol y nos ha contado todo ese rollo de coronel colaborador para que estemos mansas? —pregunta desconfiada.

Virginia se deja caer en su silla y sonríe sin apartar la mirada de la sargento, que le parece especialmente guapa bajo el brillo de la luz natural que entra por la ventana.

—La verdad es que me ha parecido sincero, pero no sé, nos han puesto tantas trabas en todas partes que me cuesta confiar.

—¿Y qué hacemos? —duda la sargento.

—Démosle un voto de confianza, al fin y al cabo, nos ha respondido a todo lo que hemos preguntado. Hablaremos con esa tal Raquel, a ver qué nos cuenta ella, si el coronel no es trigo limpio, a estas alturas ya debe haberse dado cuenta.

—Tú mandas, capitana —sonríe Marta.

A Virginia le entran unas ganas repentinas de levantarse, acorralarla contra la pared y dejarse llevar, pero hay dos cosas que se lo impiden en ese momento, su sentido del deber y ese pensamiento incómodo que la tiene trastornada desde aquella maldita conversación que no es capaz de olvidar.

CAPÍTULO 7

—¿Qué te parece si vamos al bar donde fue vista por última vez la soldado Romero? Podemos aprovechar para comer y echar un vistazo al sitio.

Virginia estaba tan concentrada leyendo el expediente de la chica desaparecida, que da un bote al escuchar la voz de Marta. La capitana Robles alza la vista para observar ese reloj de tamaño desproporcionado que está en la pared del despacho y ve con asombro que casi son las dos de la tarde.

—Con razón mi estómago lleva un buen rato rugiendo —Virginia eleva las cejas—, me parece buena idea, me gusta cuando te adelantas y piensas en estos detalles tan importantes para el caso.

Marta tuerce los labios y sonríe como si acabara de hacer una travesura.

—Es que tengo muchísima hambre, ahora mismo me comería todo lo que encontrara. He buscado sitios cerca para comer y resulta que el bar donde María Teresa estuvo esa noche tiene fama de servir la mejor morcilla de todo el pueblo. Así que he pensado en hacer un dos por uno y todos contentos.

—Tendrás morro —Virginia suelta una carcajada sin poder evitarlo.

—Pero ¿a qué te ha gustado la idea?

—Me ha encantado —confirma la capitana Robles y se levanta de la silla donde lleva un buen rato sentada.

—¿No podríamos conseguir un coche? Me siento segura cuando vamos acompañadas, pero me gustaría tener más libertad y poder hacer algunas cosas a solas como salir a cenar esta noche. Tengo que aprovechar que eres de por aquí y puedes hacerme de guía turística —Marta atrapa la cintura de Virginia y, tras echar un vistazo rápido a la puerta, le da un beso tan suave, que a Virginia el corazón le estalla.

La capitana Robles se pierde por unos segundos en esos ojos que tanto le gustan y, como si se tratara de una revelación, decide que, al menos por hoy, se dejará llevar por lo que Marta le

hace sentir sin enfocarse en ese tema que cada vez más le martillea la mente. Le quiere dar un respiro a sus pensamientos. Ya tiene claro que su compañera no quiere una relación seria, pero está agotada de darle tantas vueltas a los motivos.

—Del Valle no lo permitirá —la capitana carraspea—, pero este pueblo es pequeño, podemos pedir que nos dejen en el restaurante y que nos recojan al final de la rambla. Así podremos dar un paseo después de cenar.

—Me gusta esa idea, al menos podremos relajarnos un poco. Hace días que te noto muy tensa —Marta tira una flecha a ver si Virginia decide hablar—, y me preocupa que te esté ocurriendo algo.

Virginia se queda callada unos segundos valorando si suelta la bomba o se escabulle entre las paredes de la mentira. Elige la segunda.

—No me pasa nada, cariño. Es este caso que me tiene tensa, además que estoy agotada. Desde que comenzamos a trabajar, no hemos parado apenas.

—Cuando acabemos aquí podemos pedirle unos días de vacaciones a Del Valle —le dice Marta melosa mientras le acaricia el rostro con dulzura—, pero sabes que, si necesitas hablar de lo que sea, estoy aquí para ti, ¿verdad?

—Lo sé, Marta. Pero sabes que a veces soy muy mía y no siempre estoy preparada para desahogarme.

Marta la mira directamente a los ojos y, aunque ambas sienten ese mismo cansancio, hay algo en la mirada de Virginia que le dice que hay algo más allí dentro. Decide respetar su espacio porque sabe que la capitana es muy cabezota y no le dirá nada hasta que se sienta preparada para hacerlo. Entre ellas va todo bien, por eso no siente preocupación, así que se centra en estar lista para cuando Virginia la necesite. La vuelve a besar y se gira para coger su teléfono móvil que ha dejado sobre la mesa.

—¿Nos vamos ya? Tengo hambre.

—Venga, vámonos, no vaya a ser que te dé algo si no llenas esa barriga —dice Robles.

Un rato después, ambas mujeres se bajan del coche seguidas de los dos guardaespaldas que parecen no querer separarse de ellas. Han aparcado en la misma calle donde se encuentra el bar La terraza y caminan observándolo todo con ojos de halcón.

—Esta calle es muy poco transitada, nos va a costar conseguir cámaras exteriores —se lamenta Virginia observando que la zona apenas tiene comercios y algunos edificios residenciales.

—Este es el único bar que hay por aquí —comenta la sargento Pinares mientras revisa su teléfono móvil—, según la información que hay en internet, a partir de las siete de la noche, se sirven copas, ponen algo de música y hay varias mesas de billar y fútbolín.

—Entremos a ver qué podemos averiguar. Vosotros sentaos a comer algo, aquí estaremos un rato —dice Virginia a los dos guardaespaldas, que tienen cara de no haber probado bocado en horas.

—Yo quiero la olla podrida y la morcilla con dos huevos fritos y patatas —pide Marta a la camarera ante la mirada atónita de Virginia.

—¿Usted qué desea? —le pregunta la chica a la capitana con cara de aburrimiento y mascando chicle de manera ruidosa.

—Para mí el plato de cochinillo a la leña, por favor. Te va a sentar mal tanta comida, Marta —la reprende Robles en cuanto la camarera se ha retirado.

—Tengo un estómago de hierro —dice la sargento frotándose la barriga con esmero.

Virginia cabecea y rebusca en su bolsillo hasta conseguir la tarjeta de la abogada que le ha entregado el coronel Francisco Sebastián.

—Voy a llamar a Raquel Martínez para concretar una cita. Quizá después de comer podamos reunirnos con ella.

—Sí, cuanto antes tengamos información, antes podremos avanzar con el caso.

La capitana Robles marca el número de la abogada y al tercer timbrado, una voz educada y firme le habla del otro lado de la línea. Virginia se presenta y sin mucho preámbulo, le explica que necesita citarse con ella, es de vital importancia para la investigación que Raquel Martínez le diga todo lo que sabe sobre la desaparición de la soldado Romero. Intercambian varias palabras y, tras tres minutos de llamada, ambas se despiden de forma cordial.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta la sargento Pinares mientras mordisquea un trozo de pan con ansia.

—Que hoy no puede quedar, pero que mañana a primera hora estará en la base. Sin que me diera tiempo a pedírselo, me ha dicho que llevará toda la información que tiene hasta ahora, incluidos los avances de la policía, las conversaciones que tuvo con Romero antes de desaparecer y lo que la familia de la chica le ha dicho.

Marta inclina la cabeza y abre los ojos en un claro gesto de asombro.

—Sigo sin poder creerme todo el apoyo que estamos recibiendo, este caso será único, porque no creo que vuelvan a tratarnos nunca más de esta manera.

Virginia sonríe y divisa a la camarera, que sigue mascando chicle como si su vida dependiera de ello a la vez que hace equilibrio con una bandeja cargada de varios platos de comida que vienen directos a su mesa. La chica deja los platos de forma desordenada y se retira mascullando un que aproveche que ninguna de las dos llega a escuchar.

—Joder, qué bueno estaba todo, Vir —dice la sargento con la frente brillante y la barriga abultada.

— Quieren algo más? —interrumpe la mascadora de chicle cuando ve que los platos est n vacíos.

—Hablar con el dueño —suelta Virginia, quizá, demasiado brusca.

—Est  ahí detrás, pero se va ya, así que como no se d  prisa, no podrá hablar con él —dice la chica sin demostrar un ápice de curiosidad por la solicitud y soltando sobre la mesa la cuenta, hecha a mano, en un papel blanco.

Virginia se levanta y va directa a la barra cuando ve a un hombre mayor con algo de sobrepeso y cara de cansancio acumulado. No duda en llamarlo y presentarse para hacerle unas preguntas.

—La policía ha venido dos veces y le he contado todo lo que sí —dice el hombre metiendo botellas de cerveza en una nevera que est  debajo de la caja registradora.

—Es importante que me lo diga a mí también —explica Virginia intentando ser lo más amable posible—, nosotras llevamos otra parte de la investigación y apenas acabamos de llegar al pueblo. Aún no hemos podido hablar con la Guardia Civil.

El hombre bufa y se seca el sudor del cuello con una bayeta que ha cogido de la barra.

—Yo por las noches no estoy, suelo venir muy temprano y me voy sobre esta hora después de reponer las neveras y las botellas para la noche. La policía ha hablado con los empleados que estuvieron aquí, incluso una abogada también, pero ellos han contado lo mismo; una noche tranquila sin nada en especial.

— Tiene usted cámaras?

—Señora, por favor —brama el hombre—, en este pueblo jams  pasa nada y aquí en el bar menos, más que cuatro borrachos que a veces se pasan de listos y quieren buscar peleas, pero aquí tienen claro que quien la l a, no vuelve a entrar en mi bar. La clientela es la de siempre y se suelen comportar.

—No pasa nada hasta que pasa —dice Virginia molesta—, una chica ha desaparecido, así que no diga usted que este es un pueblo tranquilo. Com ntele a su personal que quizá pasaremos por aquí alguna noche para hablar con ellos.

El hombre, al que parece que todo le da igual y solo quiere irse a descansar, continúa con la faena que había dejado a medias y se da la vuelta para entrar al almacén. Virginia pone los ojos en blanco y suspira, sabía que no todo el mundo iba a ser tan abierto con ellas y ponerles en bandeja toda la información que necesitan.

Paga la cuenta de ellas y de sus guardaespaldas cuando ve a Marta sentada en el mismo sitio que la dejó con los codos sobre la mesa y las manos aguantándole la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta Robles, que ha llegado a ella en varias zancadas.

—Creo que algo me ha sentado mal —dice Marta pálida y sudorosa.

—Te dije que era demasiada comida —vuelve a reprenderla Virginia.

—Me cago, Vir —se queja con una voz lastimera.

—¿Quieres ir al baño o aguantas hasta llegar al piso? —pregunta la capitana intentando no reír a carcajadas. A Marta le puede la comida y a veces no sabe controlarse.

—No lo sé, pero tengo unos retorcijones muy malos.

—Venga, levántate y te acompaño al baño —se ofrece Virginia.

Marta se levanta como si el cuerpo le pesara toneladas y se lleva la mano a la boca intentando controlar una arcada. Ve a Virginia y con rapidez echa un vistazo al local para localizar el baño y, en cuanto lo hace, corre como si un perro rabioso la estuviera persiguiendo. La capitana y los pocos comensales que quedan en el bar la siguen con la mirada hasta que se pierde detrás de una puerta de madera.

—Pues ni cena ni paseo —dice Virginia para ella misma y se sienta a esperar a que Marta expulse de su cuerpo todos los excesos que no ha sabido controlar.

CAPÍTULO 8

Son las ocho en punto de la mañana cuando Virginia y Marta abren la puerta del despacho que les han asignado en la base, justo después de cruzarse con el cabo Cortés, que muy solícito, le ha recordado a la capitana que está a su total disposición.

—¿Y si es un soplón y solo quieren que lo tengamos cerca para controlar todo lo que hacemos? —suelta Marta recelosa en cuanto cierran la puerta del despacho.

A pesar del sueño que tiene, Virginia suelta una carcajada repentina y se acerca.

—Dijimos que les íbamos a dar un voto de confianza, cariño, así que para ya de retorcer esa mente, bastante hemos tenido con los retorcijones de tus tripas —suelta y arruga la nariz con una mueca divertida.

Marta se abraza a ella y se disculpa nuevamente por la noche que le ha dado. Con esa visita urgente al baño del bar no tuvo suficiente y, cuando llegaron al apartamento, se pasó las siguientes tres horas entrando y saliendo del baño con la frente perlada de sudor y unos dolores de barriga que no había tenido en años.

—Algo de lo que comí tenía que estar en mal estado, de lo contrario, no me explico esa manera de laxarme, creo que he adelgazado —Marta se pasa la mano por el vientre y Virginia vuelve a reírse.

—Es posible que algo estuviese malo, aunque yo sigo diciendo que te atiborraste mucho y como engulles sin apenas masticar...

A la capitana no deja de sorprenderle esa manera de comer de Marta, ella apenas ha dado cuatro mordiscos a un bocadillo y su subalterna ya lo ha terminado.

—Bueno, por si acaso, no volveremos a comer ahí —zanja Marta.

—Estoy de acuerdo. Ahora si te parece, vamos a repasar la documentación que nos entregó el coronel antes de que llegue la abogada —Virginia lo propone, aunque, en realidad, Marta sabe que es una orden.

A las nueve menos un minuto, el cabo Cortés abre la puerta del despacho para anunciar la llegada de la letrada. Han quedado con ella a las nueve en punto, así que la capitana —amante de la puntualidad— se siente complacida.

—Buenos días, ¿cuál de las dos es la capitana Robles? —pregunta Raquel Martínez en cuanto entra.

Virginia se levanta y se acerca mientras constata mentalmente que la abogada es en apariencia tal y como la había imaginado tras escuchar su voz por teléfono. Tiene una voz agradable y simpática y, al mismo tiempo, es dura y muy segura, así que la capitana se imaginó a una mujer elegante y sofisticada y, Raquel es justo eso, además de alta y con un rostro de facciones endurecidas, pero también atractiva.

—Buenos días —saluda la capitana—, soy yo, hablé conmigo por teléfono —dice y las dos se estrechan la mano con firmeza—. Ella es la sargento Pinares, trabaja conmigo.

Raquel extiende también la mano hacia Marta y deja su maletín sobre una silla.

—Si le parece, nos sentamos en esa mesa —Virginia señala una mesa redonda situada en una esquina del despacho.

—Por mí, perfecto, y si obviamos las formalidades, mejor, me parece que somos más o menos todas de la misma edad, ¿no? —pregunta Raquel mirándolas a ambas.

Virginia y Marta saben que la abogada no espera una respuesta, solo es una manera de justificar sus peticiones.

—Bueno, pues vosotras diréis —Raquel habla en plural, pero a Marta no se le escapa que a la única que mira, es a Virginia.

—El coronel Sebastián nos comentó ayer que llevas días investigando en la base después de que la soldado Romero te contratara tras denunciar el acoso por parte del teniente Barrios —dice Virginia cuadrando los documentos que tiene sobre la mesa—, lo primero que quiero dejar claro, es que no hemos venido a pisotear tu trabajo. Marta y yo formamos parte de una unidad especial que se dedica en exclusiva a investigar, digamos que irregularidades dentro de las bases.

—¿Irregularidades de qué tipo? —interrumpe Raquel.

—Negligencias, abuso de autoridad y acoso. Digamos que nuestro equipo se ha creado para evitar que se encubran estas cosas y que los culpables dejen de actuar con impunidad. Con suerte, con el tiempo, conseguiremos que los soldados se sientan más seguros para denunciar.

En realidad, Raquel Martínez, que está especializada en denuncias contra militares, ya ha escuchado hablar del trabajo de Virginia y Marta, pero quería escucharlo de la boca de Virginia.

—Con esto lo que te quiero decir, es que estamos en el mismo equipo. Nosotras hemos venido porque alguien nos dio el soplo sobre ese acoso de Barrios hacia la soldado Romero, y lo único que queremos es asegurarnos de que pague si eso es cierto.

—Te aseguro que lo es —dice Raquel—, yo tuve la oportunidad de hablar con María Teresa varias veces antes de su desaparición y esa chica no mentía, no tenía motivos. Además, vosotras mejor que nadie sabéis el valor que hay que tener para denunciar a alguien dentro de una base, las represalias suelen ser inmediatas y el apoyo nulo, aunque aquí, sinceramente, estoy gratamente sorprendida —añade con las cejas arqueadas.

Marta y Virginia cruzan una mirada y la capitana se atreve a preguntar lo que las dos tienen en mente.

—¿Confías en el coronel Francisco Sebastián?

Raquel la mira fijamente antes de esbozar una sonrisa y ladear la cabeza con un gesto seductor que descoloca a Virginia y molesta mucho a Marta. Para Raquel es natural, le sale sin controlarlo porque la capitana le resulta una mujer muy interesante, y es completa desconocedora de la relación que tiene con la sargento.

—Supongo que os ha pasado como a mí el primer día que hablé con él, fue tan amable y colaborador, que me dejó descolocada.

Ahora las que sonrén son las militares.

—Pero realmente es así. Llevo muchos años lidiando con todo tipo de altos mandos en bases de todo el país y cuando la mierda apesta, aunque la persona al mando de la base sea una persona honrada y honorable, no suele colaborar simplemente por el hecho de proteger la reputación de su base. Me he encontrado con muy pocos que estén dispuestos a levantar la alfombra para limpiar la porquería que hay debajo, pero os aseguro que Francisco Sebastián es uno de ellos. Me ha facilitado el trabajo y ha puesto a disposición de la Guardia Civil todos los hombres y los medios de los que dispone para la búsqueda de María Teresa —explica complacida.

—Muy bien, pues confiaremos en él en ese caso —dice Virginia—. Imagino que has interrogado a Miguel Barrios.

—Sí, dos veces. Como ya os imaginaréis, niega completamente las acusaciones de María Teresa, dice que ella lo malinterpretó todo.

—Típico —resopla Marta malhumorada.

—¿Y la desaparición? ¿Le has preguntado dónde estaba la última vez que se vio a María Teresa? —sigue indagando Virginia

—Por supuesto, gracias a la intervención del coronel, pude estar presente cuando la Guardia Civil lo interrogó. Asegura que, a la hora de la desaparición, él estaba en su casa con su mujer, y ella lo corroboró cuando le preguntaron.

Virginia y Marta vuelven a mirarse.

—¿Qué pasa? —pregunta la abogada.

—Que miente. La última vez que se vio a María Teresa, fue saliendo del bar, ¿verdad?

—Sí —confirma Raquel, de nuevo, solo mirando a Virginia.

—Nosotras tenemos un informador creíble que asegura que el teniente Barrios estaba en ese bar y que salió detrás de María Teresa en cuanto se marchó.

Raquel se queda boquiabierta.

—¿Estáis seguras de que es fiable?

—Es un soldado de esta base que era amigo de Romero, me cuesta creer que esté mintiendo.

—Puedo entender que mienta Barrios y que su mujer lo proteja, pero la Guardia Civil habló también con la gente que había en el bar, incluido el dueño, y nadie mencionó la presencia del teniente —dice contrariada.

—Tal vez no querían problemas, eso es algo muy típico. Yo no sé nada y así me dejan tranquilo —teoriza la capitana.

—Menudos gilipollas —se indigna Raquel arrancándole una sonrisa divertida a Virginia, la abogada le cae bien.

—El mundo está lleno de ellos. En cuanto al acoso, ¿tienes pruebas? Imagino que habrás hablado con los soldados del pelotón de Romero.

—Sí, con bastantes. Muchos confirman que el teniente estaba muy pendiente de ella y que quizá sí que podía resultar un poco incómodo para su compañera, pero más allá de eso, no vieron nada. Básicamente, es la palabra de Romero contra la de Barrios, y con ella desaparecida ya sabemos lo que pasa, pero si ese cabrón ha mentido y estaba allí... —Raquel cabecea suspirando —. Es el único que tenía motivos para quitársela del medio.

—Sí —confirma la capitana—. Deberíamos volver a hablar con él.

—¿No se lo contamos a la Guardia Civil? —Raquel frunce el ceño.

—Sí, por supuesto, ellos tienen que hacer su trabajo, pero yo tengo que hacer el mío, así que paralelamente seguiré mis propios métodos.

Raquel suspira relajada, por un momento, ha temido que la capitana fuera de esas que va por su cuenta, de las que quiere apuntarse el tanto y si para ello tiene que entorpecer la investigación y como consecuencia, poner en riesgo la vida de la soldado, hacerlo, pero no es el caso, y eso hace que le resulte más llamativa todavía.

—Si os parece, como tengo contacto directo con el sargento que dirige la investigación, lo pondré al corriente sobre lo que me has contado.

—Me parece bien —contesta Virginia—. ¿Cómo va la búsqueda? ¿Tienen alguna pista o van a ciegas?

—Ahora mismo van completamente a ciegas. No tienen nada que les indique por dónde buscar, así que han delimitado cuadrantes partiendo de los puntos que ellos llaman calientes, como los alrededores de la base, descampados y zonas próximas al río.

—La dan por muerta —dice Virginia notando como un escalofrío le recorre la columna.

Raquel aprieta la mandíbula.

—La familia niega que sea de las que huyen, ya sabes, la Guardia Civil pensó que quizá se agobió con lo del tema del acoso y le dio por zanzarlo dejándolo todo atrás, pero en su casa dicen que no es de esas, y sinceramente, a mí tampoco me lo pareció, la chica los tiene bien puestos. Ya lleva seis días desaparecida sin un solo testigo que pueda aportar algo de luz sobre lo que le ha pasado, y conforme pasan los días...

—Las posibilidades de encontrarla viva se reducen drásticamente —completa la capitana.

—Exacto. Os he traído una copia de la información que he ido recabando hasta ahora, así como lo que la Guardia Civil me ha ido pasando, que no es mucho, lamentablemente.

Raquel saca una carpeta de su maletín y se la entrega directamente a Virginia.

—Gracias.

—¿Ese confidente vuestro estaría dispuesto a declarar? Es evidente que, si he hablado con él, a mí me ha mentado, y por extensión, también a la Guardia Civil.

—Bueno, tiene instaurado ese miedo a las represalias que suele haber dentro de las bases, trataré de convencerlo de que eso no le va a pasar aquí —dice la capitana.

—Sería muy importante, si él testifica lo que sabe, ya no solo sería la palabra de Romero contra la del teniente.

—Hablaemos con él, no te preocupes.

—Perfecto, una cosa más. ¿Os importa si voy con vosotras cuando habléis con Barrios? Me gustaría verle la cara cuando le digáis que hay alguien que puede situarlo en el bar esa noche.

Puto cabrón —masculla irritada.

Virginia vuelve a sonreír, la que no lo hace es Marta, que está tensa como la cuerda de una guitarra.

—Claro, lo más probable es que sea hoy, te aviso.

—Genial, es importante que trabajemos juntas y nos mantengamos informadas. Estaré pendiente del teléfono —las tres mujeres se levantan dando por finalizada la reunión.

Raquel le tiende la mano a Marta primero para despedirse y después lo hace con Virginia. La sargento tiene la impresión —y no se equivoca— de que la abogada ha prolongado un poco más de la cuenta el contacto con Virginia.

—Bueno, pues parece que esta va a ser la primera investigación en la que nadie nos va a poner trabas —confirma Virginia en cuanto Raquel se marcha.

—Sí, eso parece —responde Marta con gesto ausente.

—¿Estás bien? —le pregunta la capitana, que la ha notado especialmente silenciosa durante la reunión, cosa poco habitual en la sargento.

Marta duda sobre si debe expresar las impresiones que ha tenido con la abogada, pero decide que si se lo guarda puede ser peor teniendo en cuenta que por lo visto van a verla más a menudo de lo que a ella le gustaría.

—¿No te ha parecido que la abogada te miraba mucho?

Virginia tarda varios segundos en comprender a qué se refiere, pero cuando lo hace, algo le hierve por dentro y es incapaz de contener el dardo envenenado que escupe sin miramientos.

—Ahora que lo dices, sí que me lo ha parecido en algún momento, pero bueno, las dos somos libres de hacer lo que queramos, ¿no?

Para Marta las palabras de Virginia son como una patada en la boca del estómago. La rabia le sube por el centro del pecho hasta tensarle cada músculo y apretarle la mandíbula. Quiere gritarle y preguntarle que a qué demonios viene semejante comentario, pero entonces recuerda la conversación que tuvieron hace días, esas palabras que salieron de su boca diciendo algo muy parecido a lo que la capitana acaba de soltarle, que su relación está en una fase en la que todavía podrían conocer a otras personas. Se muerde la lengua y guarda silencio encajando el golpe como puede, pensando que no tiene derecho a desdecirse y que Virginia la atacará si lo hace ahora que es ella la que está en una situación vulnerable. Lo que no sabe Marta, es que con su silencio, no hace más que confirmarle a Virginia que se reafirma en lo que dijo, y eso termina de hundir a la capitana, que comienza a sentir un vértigo muy difícil de controlar.

CAPÍTULO 9

Han pasado un par de horas desde que Raquel Martínez abandonó la oficina que Marta y Virginia comparten en la base militar. El ambiente ha quedado tenso, con un silencio que, de normal, entre ellas sería cómodo, pero ahora para ambas es muy poco soportable. La sargento Pinares no deja de sentir ese desconcierto mezclado con culpa y, quizá, un poco de celos. Lleva mucho tiempo saliendo con mujeres y tiene muy claro que la abogada de la soldado desaparecida le ha echado el ojo a la capitana Robles. ¿Puede culparla? Imposible, Virginia es una mujer tan interesante que cualquier mortal al verla babearía y después de hablar con ella, quedaría hipnotizado.

—Voy a llamar de nuevo a Miguel Barrios —comenta la capitana Robles cortando de cuajo ese runrún que Marta tiene en la cabeza—, a ver si esta vez me lo coge, si no, nos presentamos en su casa y asunto zanjado.

—Creo que, si nos acercamos a su casa sin que él lo sepa, lo pondremos muy nervioso —dice Marta por aportar algo.

—Esa es la idea, ¿no?

—Puede que funcione o puede que se cierre en banda, Virginia. Cada ser humano reacciona de manera diferente cuando se siente acorralado.

Virginia analiza el comentario de Marta y piensa que puede tener razón. No pierde tiempo y marca, otra vez, el número de Barrios y esta vez la suerte le acompaña.

—¿Teniente Miguel Barrios? Soy la Capitana Virginia Robles, jefa de la unidad de investigación especial N.I.A. del cuerpo militar. Me gustaría hablar con usted sobre la soldado María Teresa Romero.

Virginia le hace un gesto a Marta para que tome nota y le dicta una dirección y una hora. La conversación es muy corta y por la cara de la capitana, se da cuenta de que le ha gustado nada y poco tener que hablar con Miguel Barrios.

—¿Por qué no nos vamos a reunir en su casa? —pregunta Pinares, el plan original era ese.

—Él mismo ha propuesto el lugar y quiero que se sienta cómodo, por eso no le he insistido. Tal como me has dicho, no sabemos cómo va a reaccionar y quiero que se sienta seguro en un terreno que él ha elegido.

—Me parece bien —zanja Marta—, este sitio queda casi a las afueras del pueblo, deberíamos salir en diez minutos para llegar a tiempo.

—Busca a Garzón y a Díaz, están en la cafetería. Mientras, yo llamo a Raquel para que venga con nosotras, me dijo que estaría en la base durante algunas horas —dice Virginia de forma casual buscando en su móvil el número de la abogada.

—¿Ya no tienes su tarjeta? —pregunta Marta, quien deduce que o Virginia se ha aprendido el número de Raquel o como poco, lo ha apuntado en su agenda.

—Lo he guardado cuando ha venido esta mañana, conociéndome, ese trozo de papel iba a acabar en la basura en cualquier momento.

Marta no dice nada, recoge sus pertenencias y sale de la oficina lo más digna que puede. Va directamente a la cafetería a buscar a los militares que hacen de guardaespaldas en esta misión mientras trata de centrarse en el caso y prepararse para la cita con el teniente Barrios. Los encuentra sentados, tomando un café y revisando los móviles con aire distraído. Marta piensa en lo aburrido que debe ser para ellos la asignación y piensa que ella no podría realizar ese trabajo jamás. Los tres salen de allí y ponen rumbo al aparcamiento de la base para buscar el vehículo y a lo lejos la sargento Pinares divisa a Virginia y a Raquel riendo relajadas como si se conocieran de toda la vida. Marta acelera el paso y llega hasta ellas tan rápido, que deja a los dos militares rezagados.

—Nos vamos —suelta Marta y las dos mujeres que antes reían sin parar, se miran con complicidad y se suben al vehículo.

—Díaz, apunte esta dirección en el navegador —pide la capitana al conductor.

—¿Vamos directamente a este lugar, capitana?

—Sí, hemos quedado en quince minutos y se nos ha hecho tarde.

Después de atravesar el pueblo y bordear un polígono llegan a un bar que, por fuera, parece que se derrumbará en cualquier momento.

—Joder, vaya antro —suelta Raquel Martínez observando la entrada del sitio con los ojos bien abiertos.

—Parece que a los militares de esta base solo les gusta frecuentar bares de este estilo —

sonríe Virginia.

—Vamos a entrar —dice Marta cortando la conversación—, por la foto del expediente que nos entregaron, el que está en la barra es Miguel Barrios.

Raquel escudriña a través de los cristales casi negros por el polvo y la suciedad y mueve de forma afirmativa la cabeza dándole la razón a la sargento.

—Ese es Barrios, espero que no lleve mucho tiempo allí porque ese combinado que tiene en la mano me dice que le gusta empezar fuerte.

Los cuatro militares y la civil, entran al bar haciendo que el camarero levante la vista por un segundo y vuelva a bajarla para terminar de limpiar la barra. Garzón y Díaz se van a una mesa en la esquina y las tres mujeres se acercan a Miguel Barrios, que se gira en el momento que llegan hasta él y las mira con desconfianza. Aun así, se levanta y se cuadra ante la capitana, aunque esté suspendido, sigue siendo militar y Virginia su superior.

—Descanse, Barrios. Esta es la sargento Pinares —Marta lo saluda de forma formal—, y ya conoce a la abogada Raquel Martínez. Si no le importa, vamos a una mesa donde estemos más cómodos.

—Vamos a aquella del fondo, allí nadie nos molestará. Le he dicho a Juancho, el dueño del bar —hace un movimiento de cabeza hacia la barra—, que tendría una reunión y necesitaría intimidad.

Los cuatro se sientan y sin perder tiempo, Virginia comienza a interrogar a Miguel. El hombre al principio responde con monosílabos y dando muy poca información. Niega que haya estado acosando a la soldado Romero y por supuesto, elude que tenga algo que ver con su desaparición. Virginia empieza a acorralarlo haciendo preguntas que Barrios contesta como puede, pero se contradice en algunas dejándolo entre la espada y la pared.

—Acepto que la miraba, es una mujer muy atractiva, pero de ahí acosarla —el teniente niega con la cabeza—, hay mucho trecho.

—Eso no fue lo que usted me dijo, Miguel —habla la abogada—. En todo momento negó cualquier acercamiento a María Teresa más allá de lo profesional.

—Porque es la verdad —dice Miguel Barrios muy serio—, la miraba en la base, eso no lo niego, incluso alguna vez coincidimos en algún bar, pero nunca la acosé.

—Es decir —interviene la capitana Robles—, que usted no le quita el ojo de encima a la soldado Romero, se la encuentra por casualidad —Virginia hace un gesto indicando que eso no se lo cree ni él mismo—, en lugares fuera de la base, la invita a salir varias veces pese a la negativa de la soldado y que ella no ha demostrado interés alguno. Sin olvidar, por supuesto, que

está usted casado, y nada de eso le parece acoso a una subordinada, ¿es así?

Miguel Barrios se queda callado, le da un buen trago al combinado hasta acabarlo y pone el vaso en la mesa suspirando, derrotado.

—¿Está casada, capitana? —pregunta Barrios haciendo que Virginia frunza el ceño.

—Eso no viene a cuento, teniente.

—Las relaciones son complicadas, y más cuando llevas décadas casado con la misma mujer —Miguel se pasa la mano por la frente—, mi matrimonio no funciona desde hace mucho y mi mujer y yo seguimos por comodidad, rutina, por nuestros hijos, yo qué sé. Me gustaba la chica y admito que la invité a cenar o a tomar algo fuera de la base, pero jamás le puse una mano encima, nunca le hice daño y mucho menos sé dónde coño está. Me gustaría saberlo, en serio, para que todo vuelva a la normalidad, estoy cansado de esta caza de brujas.

—No es una caza de brujas, teniente. Usted ha acosado a una subalterna y ésta ha desaparecido. Tiene usted todas las papeletas de estar involucrado en esta extraña desaparición —suelta Virginia con tono glacial—, y yo también quiero que aparezca ya, pero dudo que eso haga que todo vuelva a la normalidad, no se puede ir faltando por la vida sin tener consecuencias.

Miguel vuelve a coger el vaso y se da cuenta de que ya se lo ha bebido. Duda si levantar la mano y pedir otro, pero la mirada de su superior le indica que no es buena idea.

—Yo no sé dónde está María Teresa Romero —dice de repente Miguel como si esa frase lo librara de pecados.

—Pero la noche que desapareció estuvo en el último lugar que vieron a la soldado —Virginia no para de bombardear al acosador.

—¿Y qué lugar es ese, capitana?

—No se haga el tonto conmigo, Barrios. Tengo un testigo dispuesto a declarar ante un tribunal si fuera necesario, que asegura que usted estuvo en el bar La terraza y salió tras Romero esa noche.

—No niego que estuve allí —dice Miguel mirando a la abogada, que lo observa con gesto endurecido, sabe que le ha mentado a ella y a la Guardia Civil—, es verdad que vi a Romero y quise hablar con ella, pero en cuanto estuve cerca me gritó y me dijo que ni se me ocurriera acercarme. Me di media vuelta y me fui a casa.

—¿Así de fácil? —pregunta Raquel Martínez.

—Así de fácil —reafirma Barrios—, no quería armar un escándalo. Me marché a mi casa,

allí estaba mi mujer.

—Ya que ha estado usted mintiendo, teniente, me veo en la necesidad de informar a la policía de esto, sin embargo, ayudaría mucho que nos deje hablar con su mujer para que corrobore su versión —dice Virginia tan segura como quien sabe que tiene la partida ganada.

—Ella ya ha hablado con la policía, a vosotras os dirá lo mismo.

—Que nos lo repita —responde la capitana.

Miguel resopla, hastiado por la situación.

—Acabemos con esto de una vez —zanja Barrios—, vamos a mi casa, ella está allí, pero solo les pido que no mencionen la denuncia por acoso que impuso Romero en mi contra. Mi mujer no tiene por qué pasar por este disgusto.

—No le prometo nada, teniente. Le haremos unas pocas preguntas, pero si su mujer se entera de la denuncia, el único culpable, será usted.

Virginia se levanta de su asiento y las otras dos mujeres lo hacen también. Marta ha apuntado todo lo que ha considerado necesario y cree que Miguel Barrios es el típico pervertido que, respaldado por su rango, no duda en ir detrás de sus subordinadas. Varias veces ha estado a punto de saltar, pero se ha contenido porque desde que empezó a trabajar con la capitana Robles, es ella quien dirige los interrogatorios, sobre todo cuando esa persona es superior a su rango.

Salen del bar y siguen en el coche a Miguel Barrios hasta su casa. Un adosado sencillo a pocos kilómetros del bar en el que se han reunido.

—Aquí no tardaremos mucho —dice Virginia refiriéndose a las dos mujeres que la acompañan—, solo quiero hacerle unas cuantas preguntas a la mujer de Barrios y marcharnos. Quiero que se ponga nervioso y ver si acaba metiendo la pata. Pinares —Virginia se gira para mirarla y ambas quedan enganchadas por unos segundos—, atenta a la actitud de ambos.

—No te preocupes, no perderé detalle —la tutea Marta. Normalmente, el trato entre ellas es profesional cuando están trabajando y están acompañadas como ahora, pero la sargento quiere demostrar, en un arrebato infantil, que tiene la suficiente confianza con ella en todo momento.

—Buenas tardes, señora Montilla. Soy la capitana Robles, supongo que su marido la puso en sobreaviso de que queríamos hablar con usted.

—Sí, pero lo que no entiendo es qué desean. Ya he hablado con la policía y con esta señora de aquí —señala a Raquel Martínez—, ¿en qué más puedo ayudarles?

—Perdone que le molestemos, somos nuevas en la investigación y debemos cumplir con el protocolo —habla de forma amable la capitana—. Según las notas de mis compañeros, usted

comentó que la noche del tres de mayo estuvo toda la noche en casa junto a su marido, ¿es esto cierto?

—Sí, así es —responde Isabel Montilla sin muchas más explicaciones.

—¿Sería tan amable de contarme qué hizo usted ese día?

—¿Yo?

—Sí, usted, señora Isabel —le indica Virginia.

—Pues estuve en casa durante el día, luego fui a buscar a mi hijo pequeño al colegio y el grande estaba en una excursión y después se quedó en casa de un compañero. Luego volvimos a casa y estuve aquí ordenando y haciendo la cena más tarde.

—Y ¿sobre qué hora llegó el teniente Barrios a casa? —continúa Robles con el interrogatorio mientras Marta no pierde de vista ningún movimiento de Miguel y de su mujer.

—Serían las diez de la noche, más o menos. Mi hijo estaba dormido y Miguel y yo nos quedamos en el sofá viendo la tele un rato. Luego nos fuimos a la cama a dormir —explica la mujer con un deje de nerviosismo que no le gusta a Virginia.

—¿Tiene algo más que aportar? Si es así, es el momento, señora Montilla. Cualquier cosa por muy insignificante que le parezca puede sernos de gran utilidad, hay una mujer desaparecida y queremos dar con ella.

—Ya les he dicho todo lo que sé —zanja Isabel cambiando el tono a uno que indica que el interrogatorio ha finalizado—, ¿necesita algo más?

—Nada más —dice Virginia y se pone de pie—, tome mi tarjeta y si recuerda algo, puede llamarme a cualquier hora.

La mujer de Miguel Barrios coge la tarjeta y la deja en la mesa del salón como quien tira un papel que pronto va a desechar. Acompaña a las militares y a la abogada a la salida y se despide con un escueto *buenas tardes* antes de cerrar la puerta con suavidad.

—Hay algo en ella que no me gusta —dice Virginia cuando suben al coche.

—Quizá solo es una mujer asustada que por primera vez está siendo interrogada no solo por la policía, sino por militares y la abogada de la desaparecida —opina Marta.

—Puede ser —suspira Virginia—. Volvemos a la casilla de salida, cada vez que tenemos información, ésta nos conduce a un callejón. Este caso se vuelve cada vez más complicado.

CAPÍTULO 10

Esa mañana la capitana y la sargento no han ido al despacho que tienen en la base, se han quedado en el apartamento repasando todos los documentos que les pasó la abogada Raquel Martínez.

—Marta, recuerda que hoy me voy a comer con Carlota —alza la vista Virginia y Marta asiente.

—A veces se me olvida que eres de por aquí —sonríe la sargento—. ¿Le darás recuerdos de mi parte?

Marta no conoce a la exnovia de Virginia, pero, de algún modo, siente alguna extraña conexión con ella por ser la hermana de su amigo fallecido, el cabo Daniel Lorenzo.

—Claro —dice la capitana.

La sargento vuelve a sonreír y sigue con lo suyo mientras piensa en lo extraño que le parece no sentir ningún tipo de celos hacia esa mujer que en su día fue tan importante para Virginia y con la que siempre tendrá un vínculo afectivo y, sin embargo, sea la abogada la que la tiene en cierto estado de alerta.

Virginia llega a casa de Carlota puntual como un reloj suizo. Cuando llama al timbre está sorprendentemente tranquila y se da cuenta de lo mucho que necesitaba alejarse un poco de Marta para despejarse. Carlota abre la puerta y la recibe con la misma sonrisa de siempre, aunque con esas líneas de derrota en la expresión que se dibujaron en su cara con la muerte de su hermano y que ya no han desaparecido.

—Por fin nos vemos —dice Carlota y las dos se funden en un abrazo afectuoso—. Pasa, a la comida le falta un buen rato todavía, nos tomaremos algo mientras nos ponemos al día.

A Virginia al principio le resulta extraño moverse por la casa que compartió con Carlota tantas veces. Desde que rompieron su relación, solo se han visto en tres ocasiones, pero ninguna

ha sido entre esas cuatro paredes.

—¿Te resulta incómodo? —pregunta Carlota cuando la ve paralizada observándolo todo.

—No —Virginia menea la cabeza lentamente—, es solo un poco raro —hace una mueca antes de sonreír.

—Supongo que sí, pero seguro que se te pasa con una cerveza. ¿Cómo está Marta? —pregunta antes de que las dos tomen asiento en la isla de la cocina.

—Bien, seguramente ahora hará comida como si yo también estuviera allí y comerá hasta que le duela la barriga —Virginia lo explica de manera natural, pero hay un deje de tristeza tanto en su mirada como en su manera de hablar que, a Carlota, que estuvo el tiempo suficiente con ella como para conocerla muy bien, no le pasa desapercibido.

—¿Qué te pasa? —pregunta la hermana de Daniel.

Virginia parpadea confundida.

—No te entiendo.

—Claro que me entiendes —Carlota arquea las cejas—, a mí no intentes esquivarme, se te nota mucho cuando algo te preocupa.

Virginia sonríe con amargura.

—¿Es por el caso en el que trabajas o por otra cosa?

La capitana la mira y duda. Lo fácil es mentirle y decirle que se trata de lo primero, con eso el tema quedaría zanjado porque le bastaría con asegurar que le recuerda al caso de Daniel y Carlota entendería su desazón de inmediato, la abrazaría y no le haría más preguntas. Pero Virginia lleva días al borde del colapso y sabe que, si no comparte con alguien lo que le está quemando el pecho, terminará completamente hundida.

—Vir —dice Carlota al ver que no contesta—, que soy yo, a mí me puedes contar lo que quieras, me parece que ya nos hemos demostrado mutuamente que podemos confiar la una en la otra.

Virginia coge aire por la nariz y lo expulsa lentamente por la boca mientras asiente.

—Es Marta.

A Carlota los ojos se le abren como el cráter de un volcán debido a la sorpresa.

—¿Estáis mal? —pregunta incrédula.

—Bueno, no sé si mal es la palabra porque ella está perfectamente, soy yo la que llevo varios días tan descolocada y perdida que ya no sé si tengo razones para ello o lo estoy sacando

todo de quicio y soy una dramática —dice y coge su cerveza y se bebe la mitad de un solo trago.

—Vale —Carlota, que estaba sentada frente a ella, se levanta y rodea la isla para sentarse a su lado—, no bebas tan rápido y cuéntame lo que ha pasado —sonríe cogiéndole el botellín cuando ve que Virginia está a punto de volver a beber para terminarlo.

—Le propuse que alquilásemos un apartamento entre las dos cuando volviéramos a Madrid, para que no fuera algo tan impersonal como el que tenemos ahora.

Virginia no necesita darle muchos detalles para que Carlota se ponga en situación, porque hablan periódicamente y su exnovia ya sabe que Marta y ella comparten piso por trabajo tanto en Madrid, como allí donde tengan que viajar.

—Me parece lógico —dice Carlota, mirándola con atención—, tenéis una relación estable y, al fin y al cabo, ya vivís juntas.

Virginia menea la cabeza.

—Ya, pues Marta no piensa lo mismo. Cuando se lo sugerí le cambió la cara, me dijo que era demasiado pronto para dar un paso como ese, cosa que de por sí ya me dejó descolocada, pero remató el momento alegando que todavía estamos en una fase de la relación donde podríamos conocer a otras personas.

Carlota se queda boquiabierta, completamente sorprendida.

—En resumen, según ella, ambas somos libres de conocer a otras mujeres, por lo que no es el momento de dar un paso tan serio como ese.

Cuando Virginia termina de hablar, le arranca el botellín de la mano a Carlota y esta vez sí que se lo termina. Su exnovia la mira paralizada, tratando de buscar algo que decir para consolar a la capitana, pero le está costando encontrar las palabras.

—Joder, me dejas de piedra —dice finalmente y le coloca una mano sobre el brazo.

Virginia suelta una sonrisa irónica.

—Pues imagínate cómo me quedé yo, desde esa noche apenas duermo y no puedo pensar en otra cosa. Me asfixio, Carlota.

Carlota se levanta, le da un beso en la cabeza y va directa a la nevera a por más cerveza. Regresa al lado de Virginia, las abre y esta vez es ella la que le da un largo trago a la suya ante la risa de la capitana.

—Bueno —dice Carlota—, la verdad es que es una putada que a estas alturas, cuando parecía que teníais una relación estable que, además, según me has ido contando, iba muy bien, te suelte algo como eso.

—Estábamos de puta madre, Carlota —se muerde los labios con rabia la capitana—, nos entendemos bien, tenemos mucha química y la convivencia ha sido muy buena desde el principio, por eso estoy tan descolocada. Ahora me siento como una gilipollas que se ha cegado por lo que sentía sin saber encontrar las señales de que para ella todo era mucho más informal. En ocasiones, hay veces que la miro y me pregunto si habrá estado con otras mujeres este tiempo, y me aterroriza tanto la respuesta que no tengo cojones a preguntarle.

—Es una situación muy difícil, la verdad, no te envidio —hace una mueca Carlota—. Pero si te soy sincera, a pesar de no conocer a Marta, me cuesta mucho entender que piense así después de cómo me has dicho que se comporta contigo, es que es una situación surrealista. ¿Seguro que la entendiste bien?

—Perfectamente. Yo también me planteaba esa duda, pero ayer me lo terminó de confirmar —dice y suspira lentamente.

Virginia le habla de Raquel Martínez y de esa reunión que tuvieron con ella en el despacho.

—Cuando se marchó, Marta me dijo que le había dado la impresión de que la abogada me miraba mucho, yo no pude contenerme y le solté que era cierto, yo también lo noté, pero que al fin y al cabo, no pasaba nada porque según ella yo era libre de hacer lo que quisiera.

Carlota sonríe satisfecha por la respuesta de Virginia.

—Bien dicho, ¿qué te contestó?

—Nada —a la capitana se le encharcan los ojos cuando responde—, si yo estaba equivocada y la había entendido mal, ese era el momento de que ella me lo hubiese aclarado. Deseo que me gritara y me preguntase que de dónde sacaba esa teoría absurda, pero Marta se calló y no volvió a hablar del tema.

—Joder —dice Carlota, de nuevo sorprendida—. ¿Y cuál es tu postura, Vir? Me refiero a lo que piensas hacer. Te conozco muy bien y sé que eres una mujer comprometida que jamás estará cómoda en una relación tan informal.

—Lo sé, pero ahora mismo no soy capaz de dejarla, Carlota, estoy enamorada de Marta hasta las trancas y todo esto me ha cogido por sorpresa. Si lo hubiera visto venir estaríamos hablando de otra cosa, pero el mazazo ha sido repentino y... —Virginia no termina la frase y se lleva las manos a la cabeza, sobrepasada.

—Te entiendo, a mí me pasaría lo mismo, pero tampoco puedes quedarte así, sufriendo como una perra mientras ella sigue tan tranquila como si no pasara nada.

—¿Y qué quieres que haga?

—Lo que ha dicho Marta —la seguridad repentina de Carlota descoloca a Virginia.

—No te comprendo.

—Es fácil, simplemente, trata de abrir la mentalidad y no te cierres a nada.

Virginia suelta una carcajada repentina que hace reír también a Carlota.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Si ella lo hace, también puedes hacerlo tú, al menos así estarás un poco distraída. ¿Cómo es la abogada?

La imagen de Raquel Martínez cruza la mente de Virginia como un relámpago.

—Pues no sé —duda antes de hablar—, atractiva, supongo.

—¿Supones?

—Bueno, no supongo —reconoce la capitana—, para mí lo es. Es una mujer algo imponente, inteligente y atractiva, pero yo estoy enamorada de Marta.

—Eso no lo dudamos, la cuestión es, ¿de no estar con Marta, es una mujer con la que te acostarías?

—Joder, Carlota —masculla la capitana.

—¿Qué? —sonríe su exnovia—, es solo una pregunta, Virginia, no te estoy diciendo que lo hagas ni mucho menos.

—De acuerdo, sí. Raquel es una mujer con la que me acostaría.

—Pues a eso me refiero, a que a partir de ahora intentes pensar así. Porque en mi opinión, solo tienes dos opciones, Vir, o dejas a Marta y estás sola hasta que llegue esa persona que sí quiera una relación formal como la que tú buscas, o te quedas con ella e intentas conocer a más mujeres hasta que te sientas preparada para dejarla, pero así de hundida no puedes seguir.

Virginia sabe que Carlota tiene razón, pero ni se ve capaz de dejar a Marta, ni se ve estando con ninguna mujer que no sea ella por mucho daño que le haga estar a su lado con la situación que tienen.

—Hay una tercera opción —dice la capitana tras una pausa pensativa, Carlota la mira expectante.

—¿Y cuál es?

—Del Valle me ha ofrecido un puesto de agregada de defensa en la embajada de Reino Unido, sería para dentro de unos meses, pero podría pedirme una excedencia hasta entonces —suelta suspirando.

Carlota no parpadea cuando la mira y frunce el ceño.

—Ni siquiera sé qué significa un puesto como ese, pero no me parece una solución inteligente —brama irritada.

—¿Por qué no?

—¿Cómo que por qué? En primer lugar, porque a ti te gusta estar aquí, Vir, te encanta tu trabajo y además se te da bien y, en segundo lugar, eso sería huir, y lo que es peor, huir por una mujer. Y tú no eres de esas, joder. Te conozco y te arrepentirías en cuanto se te pasara el enamoramiento con Marta.

—Sí, supongo que tienes razón —admite la capitana.

—Claro que la tengo. Hazme caso, si quieres aceptar ese puesto, que sea porque realmente lo quieres y por razones puramente laborales o motivacionales, pero no porque ahora sientes que aquí te asfixias. No tomes una decisión como esa en caliente, Vir, prométemelo.

—Prometido —Virginia le sonríe, feliz de conservarla como amiga.

—Bien —suspira más tranquila Carlota.

—De momento voy a dejar pasar los días a ver qué pasa, ni voy a aceptar ese puesto ni a pensar en otras mujeres, solo esperar —dice la capitana—, hablarlo contigo me ha liberado un poco, quizá esta noche pueda dormir mejor y mañana vea las cosas de otro modo.

—Claro, tú haz lo que sientas que debes hacer —Carlota se levanta y la abraza—, a mí no me hagas caso, es que me has dejado tan descolocada que ahora solo tengo ganas de coger a Marta por el cuello y sacudirla para que espabile.

Virginia se ríe.

—Quizá estaría bien que lo hicieras, aunque lo más probable es que yo te pegase un tiro por intentar hacerle daño —suelta Virginia y las dos se echan a reír.

CAPÍTULO 11

—Buenos días, Raquel —saluda la capitana Virginia Robles a su interlocutora, que la ha llamado muy temprano sin previo aviso—. No te preocupes, ya estaba despierta —responde con una sonrisa.

Marta no pasa desapercibida ni la sonrisa ni que Virginia ha hablado en singular, refiriéndose solo a ella al decir que ya estaba despierta. En otro momento o quizás con otra persona, a la sargento Pinares le hubiese dado exactamente igual, pero sigue con la mosca detrás de la oreja con la letrada. No sabe si tiene razón o tiene más cara que espalda, pero Marta opina que es de muy mal gusto que esa mujer coquette con Virginia cuando están llevando un caso tan serio.

Virginia, ajena a los pensamientos de Marta, sigue hablando con Raquel Martínez a la vez que apunta una dirección que la abogada le indica y frunce el ceño. Esa expresión en su rostro solo se debe a lo que le está contando su interlocutora en ese momento, porque en cuanto a sus dilemas mentales, Virginia hoy se ha levantado tan ligera que siente que vuela. La conversación con Carlota la ha ayudado a relajarse y, aunque tiene muy claro que es una sensación pasajera, piensa disfrutarla mientras dure.

—Nos vamos, Marta —dice Virginia en cuanto cuelga el teléfono—, Raquel nos ha citado en una zona descampada donde han encontrado un elemento que puede estar relacionado con la soldado Romero.

—¿Un elemento? —pregunta Marta temiéndose lo peor.

—Parece que es un gato mecánico de esos que todos los coches suelen tener.

—Y ¿por qué puede guardar relación con el caso? —sigue preguntando Marta porque no entiende cómo ese hallazgo puede estar atado a la desaparición de María Teresa Romero.

—Eso lo sabremos allí, Raquel está con el sargento Valeriano Zapata de la Guardia Civil, responsable de la investigación —explica Robles—, llevan peinando varias zonas desde la desaparición de la soldado y esto es lo único llamativo que han encontrado hasta ahora.

—Joder, espero que no sea lo que pienso —dice Pinares poniéndose en el peor de los escenarios.

—Ni lo digas —le pide su compañera mientras manipula su teléfono móvil con destreza—. Díaz y Garzón ya están de camino, llegarán en diez minutos.

No han sido diez, sino seis minutos lo que han tardado los guardaespaldas de las militares. De allí han recorrido unos quince kilómetros hasta llegar a una zona no muy alejada del bar La terraza, el último lugar en el que se vio a María Teresa Romero. Virginia va observando todo mientras el coche avanza con rapidez y no puede dejar de fijarse en la soledad del lugar una vez dejas atrás las últimas calles rodeadas de casas y concluye que sería muy fácil secuestrar o hacer daño a alguien sin que nadie notara o escuchara algún ruido extraño.

En cuanto el coche para al lado de un todoterreno de la Guardia Civil, Marta sale y observa a un grupo de uniformados y, ¿cómo no? A Raquel Martínez, ataviada con una camisa blanca impoluta bajo una americana que le queda tan perfecta que la sargento está segura de que la prenda está hecha a medida.

—Pinares —la llama la capitana Robles al ver que Marta se ha quedado como una estatua.

—Perdona, es que este lugar me ha dado muy mala espina —miente a medias y emprende la marcha.

—Buenos días —saluda Raquel Martínez con su habitual tono profesional—, venid, que os presento a Zapata, él os pondrá al día de lo que han descubierto.

Las tres mujeres dan varios pasos, pero de inmediato Marta se ve sola porque tanto Virginia como Raquel se han quedado unos centímetros rezagadas. Pinares escucha perfectamente cómo la abogada vuelve a disculparse con la capitana por llamarla tan temprano y el tono meloso con el que lo dice termina de confirmarle a la sargento el interés de la mujer por Virginia.

—¿Ocurre algo? —pregunta Marta ante la desfachatez de la abogada, que al parecer no se toma en serio la desaparición de un soldado.

—Nada —contesta Raquel colocándose las gafas de sol y mirando hacia el sargento de la Guardia Civil—. Zapata, estás son Pinares y la capitana Virginia Robles, también están investigando el caso de María Teresa Romero.

—¿Qué puede contarnos, Zapata? Me ha comentado Raquel que han encontrado un gato mecánico —pregunta Virginia tras estrecharle la mano.

—Lo encontramos en aquel pozo —señala el Guardia Civil con gesto cansado y unas ojeras tan grandes que sobresalen por debajo de las gafas.

—Y ¿por qué piensan que tiene algo que ver con Romero? —sigue preguntando Robles.

—No estamos seguros, pero es lo único que hemos encontrado después de peinar toda la zona. A juzgar por el estado del elemento, parece que lleva poco tiempo allí en el pozo —explica Zapata—. Hemos tenido suerte que está casi seco, así que parte del gato no ha tocado el agua y conserva unas manchas de sangre bastante visibles.

—¿No podrían ser de un animal? —esta vez quien habla es Marta, que necesita meterse de lleno en la investigación y evitar distracciones.

—No lo sabremos hasta que la forense lo analice, esperamos encontrar otros restos de ADN que nos ayuden a determinar si nuestras sospechas son ciertas. No hemos tenido mucho tiempo, pero mis chicos han trabajado en algunas teorías.

—Zapata, te he dicho que esas teorías no son más que conjeturas que si llegan a filtrarse, traerán confusión y a la familia, dolor —dice Raquel Martínez sonando más a una orden que a una opinión.

—Deberíamos escucharlas, ¿no? —suelta Marta con gesto serio—, al fin y al cabo, los compañeros están acostumbrados a trabajar en estos casos.

Raquel Martínez mira a la sargento Pinares por unos segundos antes de esbozar un intento de sonrisa que solo llega a levantar la comisura de los labios de forma imperceptible. La abogada no tiene nada en contra de la militar, pero sí ha notado su hostilidad desde el primer momento en que se conocieron y hay una cosa que Raquel no tolera, que la traten con inquina o con superioridad. No quiere caer en ese juego tonto que cree que se trae Marta, así que le hace una seña con la cabeza a Valeriano Zapata para que explique las conclusiones a las que su equipo ha llegado.

—Creemos que el gato pudo ser usado como arma de ataque. No podemos asegurar que sea la sangre de la soldado Romero —se apresura a aclarar ante la ceja levantada de la abogada—, pero la sangre está ubicada en una esquina del elemento. Venid por aquí, que os lo enseño.

—¿Han encontrado algo más? —pregunta Virginia mientras caminan hacia una pequeña carpa improvisada en el descampado.

—Huellas de ruedas y pisadas. Lo hemos fotografiado todo e intentaremos dar con algún modelo de neumático, aunque el aire ha borrado muchas de ellas —se lamenta Zapata.

Marta siente una repentina punzada en el pecho al ver sobre una mesa y envuelto en plástico, un gato mecánico de color azul con manchas oscuras y lo que parece ser barro.

—Tiene mucha sangre —dice Pinares con la voz hueca y con el cerebro corriendo a mil kilómetros por hora al imaginar el destino de quien ha sido víctima de un golpe con ese gato.

Valeriano Zapata coge la bolsa de plástico por arriba sin llegar a tocar la herramienta ensangrentada.

—Nuestra teoría es que lo han cogido por aquí —señala con el dedo índice una de las esquinas del gato—, para asestar un golpe y por eso solo hay sangre en este lado —gira la bolsa e indica el lugar.

—¿Cuándo pueden analizarlo? —pregunta la abogada de forma directa—, necesitamos saber a quién pertenece esa sangre.

—Estamos terminando de peinar la zona y haremos que se lleven todo lo que hemos encontrado para analizarlo —responde el Guardia Civil dejando el gato mecánico sobre la mesa—. Os pido que mantengáis esta información en secreto, son datos muy sensibles y no queremos que la familia se ponga nerviosa sin necesidad, y mucho menos que la prensa especule.

—Por eso no se preocupe, Zapata, nosotras somos las más interesadas en que lo que hemos visto aquí no se sepa. Aparte de no alertar a la familia, no queremos que la gente del pueblo piense que hay alguien por ahí atacando con un gato de hierro —dice Virginia pensando en el caos que podría generar semejante noticia.

Raquel Martínez no puede evitar sentir que Virginia es una mujer excepcional que no solo se preocupa por una soldado que ha desaparecido, sino por el resto de las personas que se pueden ver afectadas si se filtra la información. La mira por un momento y desvía la mirada hacia Valeriano Zapata cuando observa de soslayo a la sargento Pinares viéndola con las cejas arqueadas.

—Cuando tengas algo, por favor llámame, Zapata —pide la letrada—, ahora voy a reunirme con la hermana de María Teresa Romero y me gustaría que la siguiente vez que hable con ella pueda decirle algo más concreto y no un simple *seguimos investigando*.

—Créame que estamos poniendo todo nuestro empeño, pero como se suele decir, las cosas de palacio van despacio, letrada.

—Si esto fuera un palacio, sargento, aquí viviría un rey y yo —la capitana Robles abre los brazos y se gira como buscando algo—, no veo a ninguno por aquí.

Valeriano Zapata ve a las tres mujeres con el hartazgo de quien no se ha dado una buena ducha ni ha comido caliente desde hace días, la presión que siente por este caso, lo desborda.

—Tendrán noticias lo antes posible —responde el Guardia civil.

Las dos militares y la abogada se despiden y caminan de vuelta a sus coches, en silencio sin ganas de abrir la boca para compartir lo que les golpea la mente, pero sin saberlo las tres tienen la misma pregunta en la cabeza, *¿dónde está María Teresa Romero?*

CAPÍTULO 12

Virginia y Marta no hace mucho que han llegado al apartamento, después de pasar toda la mañana en el despacho de la base interrogando a varios soldados que conocían bien a María Teresa, han salido a la hora de comer y la capitana ha decidido que trabajarían desde casa el resto de la tarde.

Ahora están plantadas frente a una pizarra que el cabo Cortés les ha conseguido. Han colgado un mapa del pueblo y marcado con chinchetas todos los lugares relacionados con la cabo desaparecida, como su casa, la del teniente Miguel Barrios, la base y el bar donde fue vista por última vez.

—Añade también el lugar donde apareció el gato neumático —pide Virginia.

Marta lo busca y lo señala.

—Todo está realmente cerca —opina la capitana.

—Lo que está claro es que sea lo que sea lo que le pasó, tuvo que ser en el trayecto desde el bar hasta su coche, porque nunca llegó a subirse —dice Marta.

Las dos van intercambiando opiniones y elaborando hipótesis hasta que las interrumpe el teléfono de Virginia cuando comienza a sonar.

—¿Quién es? —pregunta Marta.

Nunca es tan impertinente, pero la idea de que pueda ser la abogada, la pone nerviosa desde que llegó a la conclusión de que la letrada está interesada en Virginia.

—El cabo Fernández —contesta Virginia sin darle importancia a la curiosidad de su chica —. Dígame, Fernández.

—He hecho lo que me pidió y he indagado por la base, haciendo preguntas por aquí y por allá, y tengo algo interesante —comenta el cabo.

—¿De qué se trata? —Virginia pone el altavoz para que Marta también pueda escucharlo.

—He conocido a una soldado que asegura que también sufrió el acoso del teniente Barrios.

Me ha costado convencerla de que hable con usted, capitana, no quiere involucrarse, así que harían bien en pasarse por la base antes de que se arrepienta.

—Está bien, ahora mismo vamos, usted asegúrese de no perderla de vista.

—Como ordene —dice Fernández antes de colgar.

—Venga, coge tus cosas que nos vamos —ordena Virginia.

—Por fin tenemos algo —se frota las manos Marta.

Están atravesando la puerta cuando el teléfono de la capitana vuelve a sonar y, para disgusto de Marta, esta vez sí que es la abogada.

—Dime, Raquel —contesta Virginia mientras cierra la puerta.

—Acaba de llamarme el sargento Zapata, tengo novedades sobre el caso, pero me gustaría comentároslas en persona. ¿Podemos vernos en algún sitio?

Raquel Martínez es muy consciente de que puede contarle lo que sabe por teléfono, sin embargo y, aunque no es propio de ella actuar así, tiene ganas de ver a Virginia y aprovechará cualquier excusa para hacerlo.

—Nos pillas a punto de ir a investigar otra pista —dice Virginia frunciendo el ceño—. Dame un segundo y te llamo ahora.

—Claro —Raquel cuelga.

—¿Qué pasa? —pregunta Marta.

—Quiere que nos veamos, al parecer tiene novedades.

—¿Y tiene que ser justo ahora?

El tono de Marta no le hace ninguna gracia a Virginia. Se ha dado cuenta de que Marta tiene celos de la abogada y eso le molesta mucho, porque al parecer la sargento puede tener lo que quiera por ahí, pero si Virginia tiene amistad con otra mujer, no le gusta.

—Sí, justo ahora —responde seca—. Tú ve a hablar con esa chica y si su testimonio es creíble, intenta convencerla para que hable con la Guardia Civil. Yo iré a ver a Raquel, quedamos aquí.

—¿Cómo se supone que lo haremos si solo tenemos un coche? —a Marta le gustaría tener una excusa más contundente para argumentar su desacuerdo.

—Llévatelo tú, yo iré a pie.

—Pero, Vir...

—Ya basta, Marta, haz lo que te digo, por favor —dice y le da un beso en los labios que

tranquiliza de algún modo a la sargento.

—De acuerdo, nos vemos después.

Cuando Marta se sube en el coche con los dos guardaespaldas, Virginia llama a Raquel.

—¿Dónde nos vemos? —pregunta sin saludar.

—¿Habéis podido cuadrar la agenda? —pregunta la abogada.

—Más o menos, he enviado a Marta a la base para interrogar a alguien, así que yo puedo quedar contigo para que me pongas al día, y de paso te explico a qué ha ido Marta a la base.

—Genial —dice Raquel—. ¿Te importa pasarte por el apartamento donde estoy instalada? Así termino de redactar un acuerdo que tengo pendiente en otro caso, pero si no te va bien, podemos vernos donde digas.

Raquel no miente, pero de haber ido acompañada de la sargento, habría buscado cualquier otro lugar para reunirse con las militares. Sin embargo, Virginia le gusta y esta puede que sea la única oportunidad que tenga de pasar un poco de tiempo a solas con ella, al fin y al cabo, ni la conoce ni sabe nada de su vida.

—Pásame la ubicación —dice la capitana tras pensarlo unos segundos.

No está muy segura de que sea buena idea ir al apartamento de Raquel, pero finalmente, ha concluido que no está haciendo nada malo, y si algún día lo hace, Marta no tendrá derecho a recriminarle nada.

La capitana, a pesar de que va a pie, no tarda mucho en llegar a la dirección que le ha dado la abogada. Raquel le abre la puerta colgada del teléfono y le pide que pase tras sonreírle. Le señala el sofá para que se ponga cómoda mientras ella sigue hablando con el que Virginia entiende que es su socio. La capitana decide no tomar asiento hasta que no lo haga Raquel, por lo que se queda de pie observando el despacho improvisado en el que la abogada ha convertido el salón de la vivienda, con la mesa auxiliar repleta de papeles y carpetas y dos ordenadores portátiles sobre la mesa grande.

—Disculpa —dice Raquel tras despedirse de su socio—, lo malo de tener un bufete propio, es que te llaman a todas horas —añade resoplando—. ¿Te apetece algo de beber?

—Agua —contesta Virginia tras aclararse la garganta.

Está nerviosa desde que ha cruzado la puerta y trata de encontrar el motivo. Ya ha estado muchas veces con Raquel Martínez y ha estado tranquila, hasta que se da cuenta de que el detalle está en que jamás han estado a solas.

—Aquí tienes —Raquel le entrega un vaso de agua fría que la capitana se bebe de una sola

vez—. Cuanta sed —comenta Raquel con una sonrisa ladeada que atraviesa a Virginia.

—¿Qué tenías que contarme? —pregunta la capitana, dispuesta a terminar con esa tensión cuanto antes y marcharse.

En lugar de sentarse, las dos se quedan de pie en medio del salón. Virginia porque siente que en esa posición tiene más capacidad de reacción, aunque no sepa exactamente a qué tiene que reaccionar. Raquel porque nota tan tensa a la capitana, que no quiere hacer nada que la haga sentir incómoda.

—Ya están los resultados del análisis que se le ha hecho al gato neumático. Se confirma que la sangre es de origen humano.

—Mierda —masculla Virginia.

Raquel asiente con una mueca.

—Sí. Han podido extraer muestras de ADN, así que ahora van a compararla con la de Romero, me llamarán en cuanto sepan algo, pero tengo un mal presentimiento —dice la abogada.

—Yo también —concuerda la capitana.

—Te toca —dice Raquel.

—Espera, ¿eso es todo lo que tenías que contarme? —Virginia arquea las cejas y Raquel esboza otra media sonrisa y se encoge de hombros.

—Sí —admite tranquila.

Virginia entorna los ojos.

—Eso me lo podrías haber explicado por teléfono, Raquel —dice conteniendo el aliento cuando la abogada camina un par de pasos y se sitúa justo delante de ella. Demasiado cerca, tanto, que las pulsaciones de Virginia doblan el ritmo y se estremece cuando Raquel, que está lanzada, le aparta un mechón de la cara y se lo coloca detrás de la oreja.

—Lo sé —susurra la abogada—, pero no voy a negar que quería verte. Y debo admitir que me ha alegrado mucho que vengas sola.

Virginia da un paso atrás, pero no puede dar otro porque se encuentra con la mesa.

—Si quieres que me detenga solo tienes que decirlo —añade Raquel, que se pega a ella aprovechando que la capitana no tiene escapatoria y le da un beso en el cuello, provocándole una descarga de deseo inesperada que solo genera más confusión en ese torbellino de pensamientos en el que se ha convertido su cabeza últimamente.

—No creo que sea buena idea —consigue decir, tensa como un junco cuando la mano de Raquel se cuela lentamente por debajo de su camiseta para acariciarle el vientre.

Virginia entra en conflicto y siente que en un hombre tiene un ángel susurrándole que no lo haga, y en el otro a ese demonio travieso que la anima a lo contrario con mucho énfasis.

—Pues decide, porque te he deseado desde el primer momento en que nos vimos, Virginia, y aunque eres muy inexpresiva en este aspecto, creo que acierto al decir que tú también me deseas a mí.

La caricia recorriendo el borde de su pantalón muy despacio, deja a Virginia sin aliento y es ella misma la que se lanza con ansia hacia los labios de Raquel, que la recibe con un beso electrizante mientras sus manos, nerviosas por tocar esa piel que tanto desea, se derraman por el cuerpo de Virginia.

La capitana siente la misma cantidad de culpa que de excitación, pero cuando Raquel le desabrocha el pantalón y mete la mano por debajo de su ropa interior, algo en ella se desconecta y decide dejarse llevar. Notar los dedos de Raquel en su intimidad provocan que toda la zona le arda y ella misma se mueva para aumentar el contacto. Desde que está con Marta, ni se le ha pasado por la cabeza mirar a otra mujer, no lo necesita porque la sargento la llena en todos los sentidos, o la llenaba. La rabia la inunda y se da cuenta de que lo que la domina ahora mismo, es el profundo despecho que siente tras la conversación con Marta.

—No pares —le pide a Raquel.

La abogada jadea una sonrisa placentera y obedece, explorando esa zona tan íntima y ardiente de la capitana, que acaba de cerrar los ojos y suspira entrecortadamente con cada movimiento de sus dedos y la presión sublime que va ejerciendo en base a las reacciones de Virginia.

CAPÍTULO 13

—Sargento Pinares —dice el cabo Fernández y levanta la mano—, por aquí.

Marta está tan despistada que no escucha la primera vez que Jaime Fernández la llama para que se acerque hasta donde él está, de pie y con disimulo, observando a la soldado Rocío Beltrán. Desde que se despidió de la capitana Robles siente un desasosiego que le cuesta entender y por más que ha intentado centrarse en lo que hablará con la chica que ha confesado ser víctima del acoso de Miguel Barrios, Marta no ha logrado otra cosa que desesperarse y querer correr a donde sea que estén reunidas la abogada y Virginia.

—¿Se encuentra bien? —Pregunta el cabo Fernández al observar que su superior parece un poste en medio de la base.

—Sí —responde Marta intentando sonar firme—, lléveme hasta la soldado.

El cabo Fernández la observa por un segundo y echa a andar pensando lo poco que queda de aquella militar de gesto serio y fuerte que conoció hace días en el parque donde tuvo el primer encuentro junto a Virginia Robles.

—Beltrán, le presento a la Sargento Pinares. Necesita hablar con usted sobre lo que me ha contado.

—Buenas tardes, sargento —se cuadra la soldado, que sigue sin estar convencida de involucrarse en una investigación.

—Descanse, soldado. Cabo Fernández, por favor, déjenos a solas —exige Marta buscando que la chica se sienta cómoda—. Iré al grano, Beltrán, necesito que me cuente todo lo que le ocurrió con el teniente Miguel Barrios. Quiero que sea muy específica, su testimonio nos puede servir de mucha ayuda.

—¿Estoy en un lío, sargento? —pregunta Rocío Beltrán nerviosa, teme que decir algo de más o de menos, la meta en algún problema.

—Lo que usted me cuente será confidencial, por eso le he pedido a Fernández que se

marchara, aunque tenga en cuenta que Miguel Barrios está siendo investigado y si lo que usted me diga en este momento nos es de ayuda, es posible que tenga que declarar de forma oficial — explica Pinares mirándola a los ojos—. Pero en ningún caso, estaría usted en problemas, Beltrán.

La soldado la mira escéptica. No lleva mucho tiempo en el cuerpo militar, pero sí el suficiente para haber visto muchas injusticias, incluso ha vivido en sus propias carnes que un superior le dijera que estaba exagerando cuando le informó que se sentía incómoda con la presencia del teniente Barrios.

—Hay una chica desaparecida —vuelve a hablar Pinares al darse cuenta de que la soldado está dudando—, y el tiempo corre en su contra. Necesitamos encontrar algún hilo del que tirar, su familia está desesperada y nosotras también por encontrarla.

—De acuerdo —dice Rocío con un suspiro profundo—, le contaré todo lo que ocurrió con el teniente Miguel Barrios desde mi llegada a la base.

Durante una hora y media, Rocío Fernández le relata con todo lujo de detalles como el teniente Barrios se fijó en ella a los pocos días de su llegada a la base militar. Le detalla las apariciones casuales de su superior cuando ella salía del baño, del comedor o incluso de los dormitorios y cómo fueron incrementando inclusive cuando estaba fuera de la base.

—Lo pillé haciéndome fotos a escondidas —dice Beltrán negando con la cabeza—, me pareció que estaba acostumbrado a hacerlo porque disimulaba muy bien, escondía el móvil entre unas carpetas que siempre llevaba en la mano.

Marta escribe notas a toda velocidad, encerrando en un círculo aquellas que le parecen muy relevantes y poniendo las iniciales de María Teresa Romero en las que considera que tienen similitud con lo que ella declaró a su abogada.

La soldado le cuenta a Marta que algunos superiores en la base sabían que a Barrios le gustaba mucho mirar a sus subalternas, pero que nadie hizo nada para amonestarlo o al menos, hacerle una llamada de atención.

—De ser necesario, ¿estaría dispuesta a declarar lo que me ha contado? —pregunta la sargento Pinares, que cree tener toda la información necesaria para llamar a Virginia y decidir cuál será el próximo paso.

—No voy a negar que tenía mis dudas, sargento —confiesa Beltrán—, pero pienso en Romero y se me ponen los pelos de punta al imaginar que podría haber sido yo quien estuviera desaparecida. Cuente conmigo si me necesita.

—Me pondré en contacto con usted si necesitamos algo más. Le agradezco que sea discreta con este tema, es vital —le pide Marta Pinares mientras se levanta del muro de hormigón en el

que ambas están sentadas.

Marta da media vuelta y sale al aparcamiento donde Garzón y Díaz le están esperando para llevarla de vuelta a casa. Saca su teléfono móvil y observa la pantalla con una frustración que no para de crecer. Virginia no le ha dejado ni siquiera un mensaje para adelantarle, como suelen hacer cuando trabajan por separado, lo que ha hablado con la abogada Raquel Martínez o siquiera donde ha quedado con ella. Decide llamarla, al fin y al cabo, ella tiene el coche y es mejor pasar a recogerla por donde está, así no tendrá que caminar o al menos es lo que ella misma se repite en su cabeza para evitar admitir que quiere llegar lo antes posible a dondequiera que estén las dos mujeres. No soporta ver como los ojos de la letrada recorren con gusto el cuerpo de su chica.

—Joder, qué mojada estás, no sabes las ganas que tenía de poder sentirte así —masculla Raquel Martínez con la mano empapada entre las piernas de Virginia.

La capitana tiene el culo pegado a la mesa y los brazos alrededor del cuello de la abogada, que la está masturbando con una exquisitez que la está volviendo loca. A pesar de que Virginia resopla como un búfalo y los ojos se le van hacia atrás, no puede dejar de sentir que está engañando a Marta. La rabia que la llevó a dejarse tocar por Raquel se está disipando y se debate entre seguir hasta el final o parar a su compañera, que empieza a dar golpes de cadera intentando buscar algún tipo de contacto con su cuerpo y poder aliviarse.

Justo cuando Virginia decide que no va a parar, su teléfono móvil empieza a sonar provocando un sobresalto que hace que la abogada saque su mano de los pantalones de la militar. La capitana Robles sale de su escondite y coge el aparato. Es Marta quien la llama.

—Mierda, mierda, mierda —repite Virginia pasándose las manos por la cara, tan nerviosa como una adolescente a quien descubren fumando su primer cigarrillo.

—¿Qué pasa? —pregunta Raquel con los ojos muy abiertos, descolocada ante la reacción de Virginia.

Virginia no responde, debatiéndose que hacer con el móvil aun sonando en la mano. Levanta la mirada al techo, buscando una respuesta que no llega, así que decide comportarse como una adulta.

—Dime, Marta —las manos le tiemblan tanto que casi no puede colocarse bien el móvil en la oreja.

—Vir, ya he acab... ¿Estás bien?

Marta se detiene en seco. Después de seis tonos, la capitana Robles ha contestado el

teléfono con la voz temblorosa y entrecortada. Se le pasan miles de cosas por la cabeza, todas a una velocidad vertiginosa que consiguen que la sargento se maree y tenga que recostarse en el primer coche que ha visto cerca de ella. Cierra los ojos con fuerza mientras espera que Virginia le conteste.

—Estoy bien —escucha decir de la boca de Virginia—, ¿dónde estás?

—En la base, te llamaba para ir a recogerte —responde Marta tratando de controlarse para no gritar como una loca y preguntarle por qué coño respira así.

—Nos vemos en casa —contesta la capitana, quien sigue con la voz temblorosa.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Respira.

Marta aprieta tanto la mandíbula que siente una descarga de dolor en la boca. No sabe cómo actuar porque, aunque quiera exigirle a Virginia que le diga lo que le pasa o por qué actúa de esa manera, a su mente solo viene en bucle, aquella conversación en la que ella misma le aseguraba que ambas podían hacer lo que quisieran e incluso conocer a otras personas. Marta se contradice porque no quiere atarse, quiere seguir gozando de su libertad, pero al mismo tiempo el pensar que Virginia podría estar acostándose con Raquel Martínez, le parte el alma en dos.

—Vale —es lo único que la sargento puede pronunciar antes de colgar la llamada.

Virginia se lleva las manos a la cara respirando con tanta dificultad que el apartamento empieza a moverse bajo sus pies. Gira la cabeza de un lado a otro intentando ubicar la salida y, cuando la encuentra, se gira para salir a toda prisa sin siquiera mirar a su acompañante.

—¡Virginia, espera!

Pero Virginia no se detiene, baja las escaleras como si estuviera huyendo de una escena del crimen y ella fuese la única culpable. Llega a la planta baja y abre la puerta del portal en búsqueda de oxígeno.

—Mierda —repite como si esa fuese la única palabra que su boca reproduce.

La mujer se dobla poniendo las manos en ambas rodillas porque no hay manera de que el corazón deje de palparle tan rápido y teme que pueda desvanecerse en algún momento. Una ansiedad agobiante la domina y a la vez mucha rabia por sentirla, porque ella no estaba haciendo nada malo.

—Virginia, venga, levántate —Raquel Martínez ha aparecido frente ella con la preocupación pintada en la cara—, ¿qué te pasa?

—Me cuesta respirar, no puedo... no me entra el aire —balbucea Virginia.

—Estás teniendo un ataque de ansiedad —afirma Raquel—, mírame y sigue mis

respiraciones. Poco a poco.

La capitana Robles pocas veces se ha visto en una situación similar, pero jamás había estado en plena calle, con el pantalón desabotonado y con la mujer que hace unos minutos la estaba masturbando, haciendo ejercicios de respiración para salir de ese estado que la mantiene tan agitada como nerviosa. Después de unos minutos que a Virginia le parecen eternos, sus pulsaciones empiezan a normalizarse y el aire pasa por sus pulmones como si nunca hubiese faltado. Raquel la guía hasta el portal y ambas se van al fondo, al lado del hueco de las escaleras.

—¿Estás mejor? —pregunta Raquel mirándola directa a los ojos.

—Sí —dice Virginia—, joder, qué vergüenza, pensarás que soy primeriza o algo así.

Raquel Martínez suelta una risotada que relaja a las dos mujeres.

—La verdad que es lo último que he pensado. Más bien he deducido que Marta y tú estáis juntas, porque no creo que exista otra razón para ponerte así tan solo porque la sargento te haya llamado.

Virginia esboza una sonrisa triste y se abrocha el pantalón.

—Marta y yo tenemos una relación, pero no te equivoques, yo no soy así —se apresura a decir ante la expresión de Raquel Martínez—. Es... es complicado, Raquel, no estamos pasando por un buen momento, al menos yo, que ya no sé ni lo que somos.

—No tienes que darme explicaciones, Virginia. Las parejas tienen sus problemas y sus acuerdos, yo no voy a juzgarte —le dice la abogada y le acaricia el brazo.

Virginia tiene ganas de llorar y darse cabezazos contra la pared.

—Ojalá te hubiese conocido en otro momento, Raquel, pero la quiero. La quiero mucho y solo quiero estar con ella. Esto que hemos tenido tú y yo no ha hecho más que confirmarme algo que ya sabía, lo siento.

Raquel Martínez, una mujer que jamás ha recibido un rechazo, encaja el golpe con dignidad.

—Perdóname tú a mí, Virginia. En realidad, ya me olía que Marta y tú teníais algo, pero me atraías tanto que no he jugado limpio —explica Raquel con una mueca de culpabilidad en la cara—, te prometo que no intentaré nada más.

—Cada vez que nos encontrábamos sentía que me desnudabas con la mirada —dice Virginia negando divertida—, es usted muy atrevida, abogada.

—Culpable —se declara levantando ambas manos—. Ahora vete a hablar con Marta. Tú tranquila, que ella por mi parte no sabrá de esto que ha pasado entre nosotras, lo prometo. Pero

creo que necesitas hablar con ella, has tenido que sentirte verdaderamente mal para sufrir ese ataque de ansiedad.

—Gracias, Raquel. No por mantener esto entre las dos, sino por preocuparte y ayudarme a recobrar la calma. Me voy a mi casa, seguimos en contacto —Virginia zanja el tema—, si tienes nueva información, llámame de inmediato.

Ambas mujeres se despiden con un abrazo afectuoso. Virginia verifica que ha cerrado bien el pantalón y emprende el camino al apartamento que comparte con Marta. Le toca decidir qué hacer ahora que ha probado la boca de otra mujer y sabe con seguridad que no quiere estar con nadie más que no sea la sargento Marta Pinares.

CAPÍTULO 14

Virginia ni siquiera sabe cómo ha llegado al portal del apartamento que comparte con Marta en ese pueblo. Tiene la mente embotada y el corazón le late desbocado con una sobrecarga de adrenalina corriendo por sus venas. Con las llaves en la mano, se queda frente a la puerta un par de minutos tratando de recuperar la compostura, pero sobre todo, de dejar ese sentimiento de culpabilidad fuera cuando pase al interior.

Deja salir todo el aire de los pulmones, se atusa el pelo y comprueba por tercera vez que su pantalón está abrochado y su ropa bien colocada. Entonces abre la puerta y entra, y se da cuenta de que esos minutos que se ha tomado para relajarse no le han servido de nada, porque en cuanto Marta se levanta del sofá al verla y la enfoca, el corazón de Virginia vuelve a desbocarse y tiene la sensación de que le están aspirando el aire de los pulmones como si fuera una bolsa de envasado al vacío.

—¿Dónde estabas? —pregunta Marta sin poder apartar la mirada de la capitana.

—Con Raquel, ya lo sabes —contesta Virginia demasiado rápido.

Marta frunce el ceño y da un paso hacia ella.

—¿Qué te pasa, Virginia? —pregunta la sargento—. Estabas rara cuando hemos hablado por teléfono y ahora pareces ida.

Virginia levanta la mirada y es incapaz de sostener la de Marta porque el sentimiento de culpa por algo que supuestamente es libre de hacer, le está oprimiendo el pecho. Marta da otro paso sin dejar de mirarla, observando esa cara desencajada de Virginia hasta que lo comprende y sus sospechas se confirman sin necesidad de que se lo diga.

—Joder —dice y da un paso atrás—, te has liado con ella.

Virginia vuelve a levantar la mirada y Marta desea fervientemente que le diga que está equivocada, sin embargo, lo único que hace la capitana es mirarla con una confusión profunda.

—¡¿Cómo has podido hacernos esto con lo bien que estábamos, Virginia?! —grita Marta dolida.

El reproche le rebota a Virginia por toda la cabeza hasta enfurecerla por completo.

—¿Hacernos? Te recuerdo que fuiste tú la que dejó muy claro que somos libres de hacer lo que queramos —rebate la capitana conteniendo las ganas de llorar de rabia.

—Claro, y te ha faltado tiempo para liarle con la primera que se te ha puesto a tiro, ¿verdad? —escupe Marta.

El comentario se le clava a Virginia como una espada afilada que le atraviesa el pecho, lo que la hace explotar y soltar todo lo que ha estado conteniendo desde aquella maldita conversación.

—Ni se te ocurra echarme nada en cara, Marta —le advierte y esta vez es ella la que da un par de pasos hacia la sargento—. Yo estaba muy bien hasta hace unos días, pensando que tú y yo teníamos algo con futuro, algo en lo que las dos creíamos y que íbamos en la misma dirección, pero cuando me soltaste esa bomba y dijiste que podíamos conocer a otras personas, me dejaste hundida por completo —Virginia ni siquiera se da cuenta de que le resbalan lágrimas por las mejillas—. Estoy muy perdida desde entonces, Marta, preguntándome cada día si habrás estado con otras personas o si en algún momento conocerás a alguien que te interese más que yo y simplemente desaparezcas, pero te quiero tanto que me aterra preguntártelo y que me respondas algo que me destroce.

Marta debería tomarse unos segundos para reflexionar sobre lo que Virginia acaba de decirle, porque se ha abierto en canal exponiendo sus temores, pero la sargento está tan dolida y celosa por lo que ha pasado con la abogada, que en ese momento no puede procesar nada, solo seguir atacando.

—¿Y qué esperabas que te dijera si me dices de alquilar una casa juntas, Virginia? Apenas llevamos unos meses y tú ya quieres dar un paso así de importante.

Virginia parpadea descolocada.

—Ya estamos viviendo juntas, Marta —dice y esta vez sí que se aparta el agua salada que le resbala por la cara con los dedos—, no entiendo cuál es la diferencia. Yo lo único que te propuse, ni siquiera lo exigí —matiza—, fue que alquilásemos algo que fuera de las dos para sentir que estábamos en casa cuando volvíamos del trabajo. Joder —Virginia cabecea, incrédula porque no comprende nada—, no te estaba pidiendo matrimonio ni que me jurases amor eterno, solo que diéramos un pequeño paso más en una relación que para mí estaba muy bien cimentada, pero no te preocupes, viendo tu reticencia, ya he decidido que cuando volvamos a Madrid, me buscaré un piso para mí sola.

—No intentes darle la vuelta a la tortilla para hacerme parecer culpable, Virginia. De las

dos, la que se ha follado a otra has sido tú —dispara Marta, que sigue ofuscada con su ataque de celos.

Virginia siente que el dolor le está oprimiendo el pecho de manera preocupante. Guarda silencio unos segundos, sin dejar de llorar de pura impotencia mientras recuerda su conversación con Carlota, donde esta le dijo las opciones que tenía. La capitana valora y decide que no quiere continuar así. Ella no las ha puesto en esa situación y no está dispuesta a aguantar que Marta la culpe por haber hecho algo que ella misma dijo que tenían derecho a hacer. Ni siquiera piensa molestarse en aclararle que ella y Raquel no han follado.

—Se acabó, Marta —dice recuperando una serenidad que sorprende a la sargento, que nota que el corazón se le detiene cuando la escucha—. Está claro que tú y yo estamos en puntos diferentes y que no queremos lo mismo. Los sentimientos que yo tengo por ti no son los mismos que tú tienes por mí y lo mejor es que lo dejemos aquí antes de que nos hagamos más daño.

Cuando Virginia termina de hablar, se hace un silencio sepulcral en el apartamento. La capitana todavía no sabe de dónde ha sacado el valor para pronunciar las palabras que sabe que la van a destrozarse y Marta, está necesitando varios segundos para comprender que de verdad está rompiendo con ella.

—Qué bien te viene esto ahora, ¿no? —suelta de repente la sargento, a la que las lágrimas también comienzan a resbalarle por la cara como si fueran dos cascadas—, me dejas y así puedes tirarte a la abogada con tranquilidad mientras estemos en este pueblo de mierda.

Muy en el fondo, Marta sabe que se está equivocando, que debería reflexionar sobre lo que está pasando y hacer todo lo posible porque Virginia no la deje, pero está cegada por la rabia y ahora mismo, también por el orgullo, por lo que aprieta la mandíbula y pasa por el lado de la capitana a toda prisa para coger su bolso y salir del apartamento dando un portazo.

Virginia bota por el susto cuando Marta cierra la puerta, pero no se mueve a pesar de que solo quiere salir corriendo detrás de ella para pedirle que se quede. Llorando a mares, cae de rodillas en el suelo con la mano en el pecho tratando de calmar ese pinchazo agudo que la está atravesando, decidida a mantenerse firme en su decisión porque sabe que si sigue como estaba, se terminará volviendo loca.

CAPÍTULO 15

Virginia Robles apenas ha pegado ojo en toda la noche. Después de que pudo recuperarse del segundo ataque de ansiedad que sufrió el día anterior, se dio una ducha más larga de lo acostumbrado y se metió en la cama para intentar descansar. Dos horas después, se levantó y cambió las sábanas, el olor de Marta impregnado en ellas estaba desquiciando a la capitana. El resto de la noche lo pasó en un duermevela, entre la culpa y la rabia, pero con una certeza; la decisión que había tomado era la correcta.

A las ocho de la mañana, Virginia está dejando la taza de café en la cocina para salir hacia la base. Jamás ha dejado que sus sentimientos o sus problemas personales afecten su desempeño profesional y esta vez no va a ser diferente pese a que la chica causante de su dolor sea también su compañera de trabajo.

—Buenos días —dice la capitana cuando entra a la oficina que les han asignado en la base y ve a la sargento Pinares en su mesa revisando unos papeles.

—Buenos días, capitana —responde Marta con profesionalidad.

El corazón de Virginia ha dado dos vuelcos y a duras penas logra controlar el temblor de sus piernas cuando escucha la voz de la que hasta ayer consideraba su chica.

—Cuando tenga un momento me gustaría contarle lo que hablé ayer con la soldado Rocío Beltrán —dice Marta de inmediato, con la mirada clavada en los papeles.

—Ahora mismo es buen momento —contesta Virginia intentando disimular el dolor que siente al ver como esa complicidad que tenía con Marta se ha ido tan a la mierda como la relación de ambas—, ¿algo interesante?

—Hay varias cosas que pueden servirnos —dice la sargento Pinares a la vez que se levanta y se acerca a la mesa de Virginia con paso decidido—, he apuntado todo lo que me ha parecido relevante.

Virginia coge los papeles que su subalterna le ofrece y le echa un vistazo rápido.

—Es mejor que me haga usted un resumen, Pinares.

La sargento Marta Pinares mira por un momento a Virginia. La encuentra tan guapa como siempre y un nudo grueso se le atraviesa en la garganta. Le encantaría hablar con ella, acariciarle la cara y darle un beso que sirva de bálsamo para calmarlas a las dos. Pero sigue enfadada, aunque a diferencia del día anterior, ahora también está confusa. Decide apartar esos pensamientos intrusivos que le taladran la mente y centrarse en el caso que las llevó a ese pueblo y a trabajar con la abogada Raquel Martínez.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Respira.

—El teniente Barrios estuvo detrás de la soldado Beltrán durante meses. Al principio fue muy discreto, al parecer solo la veía desde lejos y poca cosa más —explica Marta, que se pasa una mano por la frente, agotada, ella no solo no ha dormido, es que ni siquiera se ha acostado.

—Siéntese, Pinares —ordena Virginia a quien se le arruga el corazón cuando nota el cansancio en Marta y las bolsas oscuras que le adornan la cara bajo los ojos—. Dice que al principio no fue más allá, pero ¿luego?

—Después Barrios fue algo más evidente. Rocío Beltrán se llegó a topar con él hasta en el cine. A ella le pareció extraño porque él iba solo y además no paraba de mirarla. A partir de ahí vinieron las fotos a escondidas, las persecuciones y hasta las invitaciones a tomar algo fuera de la base.

—Vaya con Barrios —dice Virginia—, aunque nada de esto me impresiona, el tipo es un acosador profesional.

—Aunque al parecer inofensivo —dice Marta haciendo que Virginia suba ambas cejas en un claro gesto de asombro.

—¿Por qué dice eso?

—La soldado Beltrán me dijo que jamás le puso un dedo encima, ni se valió de su rango para exigirle nada. Asegura que —Marta revisa sus notas en busca de la palabra exacta—, es un salido más que un agresor físico. Antes también había mirado a otras chicas y después de que Romero llegara a la base, dejó en paz a Beltrán.

—Cambió a una por otra, pero eso no lo deja fuera de sospechas —dice Virginia suspirando, esperaba que Marta le diera algo más—, quizá con ella no llegó a nada, pero con Romero la obsesión lo pudo llevar a otro nivel.

—Lo mismo le dije yo, pero, y aquí viene lo bueno, ella me comentó que con una mujer como la del teniente, que lo tenía atado en corto, está segura de que era difícil que él pudiese hacer algo más.

Virginia no puede ocultar la cara de sorpresa al escuchar a Marta.

—¿Qué pasa con la mujer?

—Parece que la señora Montilla tiene bien vigilado a su marido últimamente. Sí Miguel Barrios es de los que aparecen en todos lados cuando se trata de seguir a una chica que le guste, su mujer es una experta. Según me cuenta Beltrán, Isabel Montilla merodea por la base, asiste a todos los actos en los que está su marido e incluso la vio un par de veces fuera del bar La terraza, dentro de su coche, mientras el teniente estaba dentro —cuenta Marta mientras frunce los labios.

—¿La soldado está cien por cien segura de que se trata de la mujer de Miguel Barrios? —pregunta la capitana.

—Segurísima —afirma la sargento Pinares—, la misma Isabel se presentó ante ella en un acto que se hizo en la base hace meses. La soldado cree que la mujer se dio cuenta de cómo su marido la miraba y quiso marcar territorio.

Virginia se levanta del tirón de su silla asustando a Marta que, entre el cansancio que tiene y la pena de sentir ese muro entre ella y Virginia, está muy desconcentrada.

—Vamos a hacerle una visita a Isabel Montilla ahora mismo —decide Virginia Robles mientras se lleva el móvil a la oreja para llamar a Garzón y a Díaz.

—Mi marido no está —suelta Isabel Montilla nada más abrir la puerta de su casa y ver a las dos militares frente a ella con gesto serio.

—Hemos venido a verla a usted, señora Montilla —explica Robles.

—¿Qué queréis de mí? Ya os dije todo lo que sé.

Virginia piensa por un segundo a toda velocidad, Isabel no es tonta y si ellas van en su contra intentando sacarle información, es posible que la mujer se cierre en banda y ni siquiera las deje entrar. Así que cambia de estrategia.

—Perdone que volvamos a molestarla, pero necesitamos hacerle unas preguntas que, le aseguro, no le quitarán mucho tiempo, es pura rutina.

Isabel las mira, primero a una y después a la otra antes de hacer un gesto de fastidio y apartarse para dejarlas pasar.

—Solo tengo cinco minutos, así que vosotras diréis —contesta la mujer de Miguel Barrios una vez sentadas en el sofá del salón.

—¿Tiene usted constancia de que su marido tuviese algún tipo de aventura con María Teresa Romero? —suelta Virginia a bocajarro, dejando a la sargento Pinares estupefacta con los

ojos como platos.

—¿Cómo se atreve? —pregunta colérica Isabel levantándose del sofá—, mi marido jamás se fijaría en una cría como esa. Solo había que verla para saber que era una pobre fracasada. Miguel y yo somos felices, él me ama y no tiene ojos para otras mujeres. Ahora, hagan el favor de salir de mi casa y no volver jamás.

Ambas militares salen a la calle silenciosas y escuchan el sonoro portazo tras ellas. Marta, aunque impactada por la salida de su capitana, se gira hacia ella con las cejas levantadas y la tutea.

—¿Por qué le has preguntado eso?

—Desde el momento que ha abierto la puerta y nos ha visto, se ha puesto muy nerviosa. Y si lo piensas, siempre ha mantenido ese nervio que no ha podido controlar por mucho que lo haya intentado —explica Virginia trasteando su teléfono móvil.

—Es normal dada la situación que está viviendo su marido —opina Marta.

—En eso estoy de acuerdo, pero no en que se le haya escapado esa reacción de rabia y además haya hablado de María Teresa Romero en pasado y con tanto asco. Como si estuviera por fin muerta.

El gesto de Marta muta varias veces hasta que al final la boca se le abre, asombrada por la conclusión a la que ha llegado Virginia.

—Joder, tienes toda la razón.

—Ha salido mejor de lo que he pensado y ya tenemos un hilo más fuerte del que tirar — Virginia se lleva el teléfono móvil a la oreja para llamar a la abogada—. Raquel, necesito que te pongas en contacto con el sargento Valeriano Zapata, me parece que estábamos investigando al sujeto equivocado.

CAPÍTULO 16

Tras un largo día de trabajo y soportar la presión que ahora existe entre ella y Marta, Virginia sale del despacho de la base dejando a la sargento dentro. Marta no le ha dicho si esta noche piensa volver o no al apartamento, solo que se quedaba trabajando un poco más.

Virginia decide que necesita aire, que si se encierra en el apartamento tan temprano acabará asfixiándose entre las cuatro paredes. Comienza a caminar sin rumbo por el pueblo y piensa en la soldado Romero, quiere que aparezca, lo necesita, y se le revuelven las tripas cuando se da cuenta de que sus pensamientos otra vez son egoístas, porque quiere que aparezca para poder salir de ese pueblo, volver a Madrid y buscar un apartamento cuanto antes para poder comenzar a rehacer su vida de algún modo que no implique tener que ver a Marta también fuera del trabajo.

La capitana recuerda su conversación con Jorge Del Valle el día que le propuso este trabajo y le preguntó si era buena idea incluir a Marta en el equipo. Virginia dejó muy claro que podía separar el trabajo de los sentimientos, pero le está costando mucho.

Está llegando a un parque infantil en el que solo juegan un par de niños controlados por su madre cuando comienza a sonarle el teléfono. Virginia suspira con un extraño alivio al ver el nombre de Carlota y busca el banco más alejado de donde juegan los pequeños para subirse encima y sentarse en el respaldo.

—Hola, Carlota.

—Hola, Vir —contesta su exnovia—, ¿te pillo en mal momento?

—No, estaba dando un paseo.

—¿Un paseo? —se extraña Carlota.

—Sí.

—¿Va todo bien?

El silencio de Virginia responde por ella.

—Supongo que he hecho bien en llamar —deduce Carlota—, el otro día me dejaste preocupada y quería saber cómo iba la cosa.

Virginia esboza una sonrisa triste que Carlota no puede ver.

—¿Va muy mal todo? —pregunta preocupada.

—Fatal, hemos roto, y lo peor es que no sé si es culpa mía.

—¿Culpa tuya?

—Tuve un desliz con la abogada —Virginia habla como un robot, sin apenas pestañear—. Fui a su apartamento porque tenía que hablar con ella sobre el caso y bueno, pasó algo.

A Virginia el corazón le va a mil por hora al recordarlo y de repente suelta una risa nasal y sacude la cabeza.

—¿Te acostaste con ella? —pregunta Carlota.

—No —Virginia esta vez se ríe de manera histérica—, aunque Marta piensa que sí. Quizá debería haberlo hecho, al fin y al cabo... —la capitana se aprieta el puente de la nariz —Madre mía, no sé ni lo que digo, no me hagas caso.

—¿Por qué no empiezas desde el principio, Vir? —le pide Carlota con suavidad tras notar el nerviosismo de la capitana.

Virginia se lo explica y no derrama ni una sola lágrima al hacerlo, del mismo modo que ayer no podía parar de llorar, hoy le resulta imposible hacerlo porque tiene la congoja atravesada en la garganta y la tensión en cada músculo del cuerpo provocándole un dolor de cabeza cada vez más incómodo.

—Le fue dando la vuelta de modo que parecía que la culpa era mía, Carlota —sigue explicando Virginia.

—No pienses en eso, Marta estaba enfadada, supongo.

—Enfadada —repite cansada. ¿Enfadada por qué, Carlota? Si fue ella la que dijo que podíamos hacer lo que quisiéramos.

—Ya lo sé, Vir, pero a lo mejor pensó que tú no ibas a hacer nada, qué sé yo. No podemos saber lo que se le pasa por la cabeza. En cualquier caso, no quiero que te sientas culpable, si ese desliz con la abogada sirvió para que acabases tomando la decisión de romper, bienvenido sea, porque no podías seguir cómo estabas.

—Pues no sé qué es peor —Virginia deja que le salga todo el aire de los pulmones hasta vaciarlos por completo.

—Sé que duele, Virginia —trata de consolarla Carlota—, pero seguir al lado de alguien que no siente lo mismo que tú me parece que es un error. En mi opinión, has tomado la decisión correcta y te animo a que te mantengas firme en ella por muy hundida que estés.

—Es que no me imagino mi vida sin Marta, Carlota, por mucho que lo intento no lo veo.

Carlota suspira lamentando no poder estar ahí para abrazarla.

—Lo sé, pero no eres tú la que ha establecido esas pautas estúpidas en la relación sin ni siquiera consultarte antes. Si alguien tiene que recapacitar aquí, es Marta, no tú. Tú ya le has dejado clara tu postura, ahora es ella la que tiene que valorar y decidir si prefiere una vida solo contigo o una sin ti.

A Virginia se le gira el estómago solo de pensar en que Marta opte por la segunda, pero Carlota tiene razón, ella no puede dar su brazo a torcer porque no está dispuesta a seguir con Marta sabiendo que en cualquier momento podría irse con otra. Ese no es el tipo de relación que ella quiere, y si la sargento tampoco quiere lo que Virginia le ofrece, por lo tanto, lo mejor es dejar las cosas como están y que el tiempo les cure las cicatrices.

—Oye, sobre lo que me contaste de esa oferta de trabajo —dice Carlota—, ¿has decidido qué hacer?

—No, la verdad es que no he tenido tiempo de pensar en ello. Ahora solo quiero volver a Madrid y buscarme un apartamento cuanto antes, pero sigo sin descartar marcharme, y más teniendo en cuenta lo que ha pasado con Marta. Pensaba que podía separar una cosa de la otra, pero estar con ella todo el día en el despacho y tratarnos con esa frialdad... —Virginia meneaba la cabeza—, está siendo insoportable, Carlota, en serio.

—Me lo imagino, pero también es el primer día, Vir, las dos estáis muy tensas, y muy dolidas, pero con el tiempo las cosas mejorarán, eso lo sabes, es solo que ahora todo se te hace cuesta arriba.

—Ya —Virginia suspira.

—Yo solo te pido que te lo pienses muy bien, y si aceptas ese puesto sea porque de verdad lo quieres profesionalmente, no por lo que te ha pasado con Marta —le aconseja Carlota.

Virginia sonríe y se alegra de poder tenerla como amiga, porque Carlota siempre ha sido muy racional y, en momentos como este en los que Virginia saldría huyendo y lo dejaría todo atrás, necesita a alguien como ella para mantenerse con los pies en la tierra.

—Sabes que siempre fuiste un pilar para mí, ¿verdad? —dice Virginia.

—Yo soy el tuyo y tú el mío, Vir, que no se te olvide. Llámame cada vez que necesites

hablar, ¿vale? Da igual la hora.

—Gracias, Carlota.

CAPÍTULO 17

El día ha amanecido como el carácter de Marta Pinares, sombrío y con pronóstico de tormenta. El día anterior, la sargento estiró su jornada laboral todo lo posible, después de que Virginia saliera del despacho que ambas comparten, Marta estuvo al menos dos horas más en la base, revisando por décima vez todo lo concerniente al caso Romero. Hoy se despierta aturdida, ha dormido en la segunda habitación que hay en el piso y el colchón, individual y de muelles, ha empeorado esa sensación que no logra quitarse de encima desde que Virginia llegó al piso tras acostarse con la abogada Raquel Martínez. De una patada se quita la sábana que la cubre y afina el oído para tratar de averiguar si su compañera se ha despertado, pero no escucha nada y decide salir, lleva más de una hora con ganas de ir al baño y siente que si no va ya, la vejiga le explotará.

Sale a toda velocidad de la habitación de invitados y casi se lleva por delante a una Virginia con la mirada perdida y atravesada en el pasillo, mientras gira la cuchara de su café.

—¡Joder! —grita Marta frenando en seco frente a la capitana Robles.

—Perdona —es lo único que dice Virginia y se echa a un lado, consciente de que está en medio del camino al baño y conociendo a Marta como la conoce, sabe que está a punto de mearse encima.

—¿Puedo usar el baño o vas tú? —pregunta la sargento haciendo botar una pierna a punto de soltarlo todo en el pasillo.

—No, puedes entrar —dice la capitana Robles y camina hacia la cocina.

Marta termina de entrar al baño y se sienta en la taza soltando un suspiro de alivio. Al acabar, decide asearse para luego vestirse y salir directa hacia la base, no soporta estar en el mismo apartamento en el que Virginia y ella han dormido juntas, hecho el amor o comido y disfrutado de alguna película. En el despacho no es que sea mucho mejor, pero al menos allí está centrada en el trabajo.

—Buenos días, Raquel —escucha Marta del otro lado de la puerta, por un momento siente

un escalofrío que le aterriza en el pecho al pensar que la abogada está en el apartamento. Pero con rapidez lo descarta al no escuchar una segunda voz, por lo que se da cuenta de que es una llamada telefónica.

Virginia se queda al teléfono durante lo que le parece una eternidad, respondiendo con algunos monosílabos a su interlocutora. Marta aprovecha para vestirse y cogerlo todo para irse al despacho, no quiere seguir ahí escuchando como las dos mujeres están sumergidas en una conversación.

—Ha aparecido María Teresa Romero —es lo primero que le dice Virginia a Marta cuando ésta aparece vestida en el salón y en camino hacia la puerta.

Marta se detiene en seco y se gira hacia ella.

—¿Dónde está?, ¿está bien? —son dos preguntas que suelta la sargento por pura esperanza, porque algo en la cara de su compañera le dice lo contrario.

—Han encontrado su cuerpo —confirma la capitana Robles con la cara desencajada—, cerca del pozo en el que estuvimos el otro día.

—Joder —se lamenta Marta y se pasa las manos por la cara en un intento de barrer toda la mierda que le está cayendo encima.

—Van a trasladar su cuerpo al anatómico forense —explica Virginia en tono monocorde—, todavía están peinando la zona en busca de cualquier indicio.

Marta se estremece, contrariada, ante lo que siente. Lo primero es el escozor de que la soldado Romero haya aparecido sin vida y luego que este hallazgo avanza el cierre del caso, al menos para ella y para Virginia, que no pueden quedarse allí si la investigación se extiende demasiado porque su trabajo era encontrar a la soldado, dar con el culpable es labor de la policía. En consecuencia, la vuelta a Madrid es inminente y no puede evitar pensar que con ello dejará de ver a Virginia en el ámbito personal. El enfado de la sargento Pinares sigue mutando y ahora está en el punto en que es en contra de ella misma, de su tozudez y sus contrariedades, pero tiene tanto en la cabeza, que es incapaz de dar un paso al frente y hablarlo con la mujer que tiene delante con gesto derrotado.

—De manera extraoficial, la forense ha dicho que las heridas que presenta el cadáver se ajustan mucho a la forma del gato mecánico que encontraron la última vez —sigue explicando la capitana—, igualmente, cuando acabe con la autopsia, nos enviarán el informe definitivo.

—¿Hay alguna pista que nos conduzca al responsable?

—Hasta ahora nada, pero con la información que les dimos sobre la mujer de Miguel Barrios, el sargento Zapata ha solicitado al juez que le apruebe la petición de geolocalización de

sus teléfonos móviles —dice Virginia, que se ha quedado, por un momento, enganchada a la mirada de Marta.

A la sargento Pinares el corazón se le acelera y quiere estirar el brazo para acariciar la mejilla de Virginia, pero su terquedad se lo impide y en cambio, mete ambas manos en los bolsillos de su pantalón.

—Eso suele tardar bastante —se lamenta Marta recomponiéndose.

—No sé si Del Valle pueda hacer algo, pero le he dejado un mensaje para que me llame cuanto antes. Hay que coger al hijo de puta que le ha quitado la vida a María Teresa —dice Virginia con rabia.

Ambas se quedan en silencio y Virginia arruga el entrecejo al ver en los ojos de la sargento un deje de duda. Da la sensación de que tiene algo en la punta de la lengua, pero no sabe cómo soltarlo. La capitana Robles espera, con temor, no sabe si Marta le dirá que deja el caso, el equipo o que quiere volver a su lado. Carlota vuelve a aparcar en su mente y ese *Si alguien tiene que recapacitar aquí, es Marta, no tú* y tiene razón. Virginia le ofreció a Marta todo lo que tenía, le dio amor e incluso quiso compartir un hogar con ella, es la sargento la que se negó a ello y, por más que quiera, la capitana Robles no puede obligarla.

—Me voy a la base —dice Marta de repente y a Virginia se le pinta la decepción en el rostro—, si te dan más información, me llamas.

Virginia la mira, cuadra los hombros y se viste de la capitana que es.

—Vete al anatómico, averigua si hay algo más y, sobre todo, pregunta en cuánto tiempo podremos tener el informe —exige Robles a la vez que mira su móvil, que empieza a sonar—, después te vas a la base. Nos vemos allí.

Virginia se gira y entra a la habitación que hasta hace poco ellas dos compartían dejando a Marta en el salón con el corazón encabritado y el alma vacía.

CAPÍTULO 18

Han pasado tres días desde la aparición del cuerpo de María Teresa Romero donde Virginia y Marta poco han podido hacer porque ahora mismo dependen de la información que les vaya pasando la policía a través de la abogada de la familia. Debido a la tensión extrema que hay entre ellas, Marta ha optado por quedarse todos los días en la base hasta última hora y solo volver por la noche para dormir, levantándose muy temprano para coincidir con la capitana en el apartamento el mínimo tiempo posible.

A Virginia los días se le están haciendo eternos, tanto en el trabajo como en el apartamento. Le cuesta concentrarse y conciliar el sueño por la noche es prácticamente imposible, por lo que se pasa las horas dando vueltas por la cama, algo que se refleja en las ojeras que le están saliendo. Ayer se encontró con la abogada cuando salía de la base y se detuvo en seco, no se habían visto desde ese encuentro extraño en el apartamento de Raquel y Virginia, a pesar de ser una mujer adulta acostumbrada a todo, se puso nerviosa porque no sabía si ese buen rollo que había tenido con la abogada desde el principio seguía ahí o se había disipado junto con ese polvo fallido.

—Hola —saludó Virginia un poco tensa.

Raquel parpadeó mirándola.

—Vaya cara de mierda, Virginia —soltó con desparpajo y la capitana sintió alivio al comprobar que el buen rollo entre ellas seguía intacto a pesar de lo que había sucedido.

—Sí —respondió aliviada y sonrió agotada. Raquel la cogió de un brazo y la apartó a un lado del pasillo.

—Deduzco que las cosas entre tú y Marta no van muy bien —concluyó en voz baja.

—No, no van bien.

—¿Lo sabe? —Raquel apretó los labios tras preguntar.

—Sí, aunque yo no se lo dije, lo dedujo.

—Lo siento, Virginia, si hay algo que yo pueda hacer, dímelo. Puedo hablar con ella si quieres.

—Tranquila, esto no es culpa tuya, ni el desencadenante es que tú y yo nos hayamos liado, viene de antes.

—Entiendo —Raquel la hubiera abrazado, pero sabía que, si Virginia estaba ahí, era probable que la sargento también, así que se contuvo.

—En fin, estoy cansada —dijo Virginia.

—Claro, vete a casa y trata de descansar un poco. Me gustaría que tuvieras mejor cara la próxima vez que nos veamos —Raquel le guiñó un ojo y consiguió que sonriera un poco.

Ahora son las ocho de la tarde y Virginia está sentada en el sofá, con las gafas puestas y una novela entre las manos que ha comprado en una librería de vuelta al apartamento con la esperanza de que la lectura logre atraparla lo suficiente como para no pensar en su situación con Marta hasta que le entre sueño.

Está intentando centrarse en la novela cuando escucha la puerta. Virginia se gira sorprendida y ve entrar a la sargento. Marta esta vez no aparta la mirada ni pasa de largo, sino que, camina hacia la capitana con expresión derrotada y los hombros caídos.

—¿Podemos hablar? —pide Marta casi atragantada, sentándose a su lado.

Virginia cierra el libro, lo deja sobre la mesa y se gira hacia la sargento tras subir una pierna y colocarse un cojín encima, donde apoya los brazos.

—Tú dirás —dice en un tono cortante que expresa lo dolida que se siente.

—Estos días he tenido mucho tiempo para reflexionar —empieza a decir Marta—. Le he dado muchas vueltas a todo lo que ha pasado desde que tuvimos aquella conversación y me he dado cuenta de que me he equivocado, Virginia, he metido la pata hasta el fondo.

A Virginia el corazón le bombea con furia, pero no dice nada porque si abre la boca con lo dolida que está en ese momento, sabe que acabarán discutiendo, y prefiere escuchar a Marta para saber cómo se siente y lo que piensa ahora que por fin ha decidido abrirse.

—He estado analizando la situación con respecto a mi comportamiento y he llegado a la conclusión de que toda mi actitud ha estado basada siempre en un miedo irracional.

—¿Miedo a qué? —pregunta Virginia con dureza.

—Tú eres mi primera relación seria, Virginia. Ya sabes que todas mis experiencias anteriores se han ido a la mierda cuando he intentado dar un paso —Marta baja la mirada hacia sus manos, mientras entrecruza los dedos con nerviosismo—. Me daba pánico que contigo me

pasara lo mismo.

Virginia la mira y sigue guardando silencio, provocando que Marta sienta la necesidad de seguir hablando para rellenarlo porque no lo soporta.

—Nunca he querido estar con otras mujeres, Virginia —dice y estalla en un llanto repentino que sobrecoge a la capitana—. No sé por qué coño dije eso —reconoce entre sollozos—. Estoy muy enamorada de ti y jamás se me ha pasado por la cabeza la idea de estar con nadie, ni siquiera me he sentido atraída por ninguna otra mujer.

La capitana abre la boca, pero no sabe qué decir y se queda quieta, mirando a la sargento mientras reprime las ganas de acercarse y abrazarla para darle consuelo porque algo la sigue paralizando. Aunque agradece la sinceridad de Marta, para Virginia no es suficiente, no después de cómo la ha hecho sentirse estos días ni la indiferencia con la que la ha tratado. Marta sigue llorando, ocultando su cara con una mano hasta que logra serenarse un poco y se limpia con los pañuelos de la caja medio vacía que le ofrece la capitana.

—¿Sientes algo por Raquel? —pregunta la sargento con la cara roja y brillante por las lágrimas.

Virginia nota como el aire se le va escapando de los pulmones lentamente mientras su mente busca la respuesta.

—No es un reproche —añade Marta—, sé que yo abrí esa puerta con mi estupidez y jamás te lo echaré en cara, solo quiero saber hasta qué punto la he cagado.

—Raquel es atractiva y me cae bien, Marta, de hecho, pienso seguir manteniendo mi relación de amistad con ella cuando ambas regresemos a Madrid, pero más allá de eso, yo no albergo ningún sentimiento por ella, siempre he estado y estoy enamorada de ti —declara la capitana, pero lo hace de un modo tan frío, que Marta tiene que contener la expresión de alivio al escucharla.

—Entonces, ¿entre tú y ella...? —pregunta dócil la sargento porque necesita escuchárselo decir.

—No hay nada, ni siquiera me acosté con ella, aunque reconozco que estuve a punto. Estaba cabreada, Marta, pero sobre todo dolida y confusa por todo lo que me habías dicho y tu manera de comportarte. Me sentí como si de repente no te conociera y hubiera estado viviendo una mentira contigo todos estos meses.

—Nada era mentira, Vir —solloza Marta y se acerca un poco, aunque no invade su espacio—. Yo te quiero y estoy loca por ti, y todos estos meses contigo han sido los mejores de mi vida. Por favor, dime que todavía podemos arreglarlo —suplica y coge otro cojín para abrazarlo

mientras espera la respuesta.

A la capitana el corazón se le va a salir por la boca en ese instante y le gustaría decirle a Marta que sí, que todo vuelve a ser como antes, pero no puede porque ahora revolotea sobre ella ese miedo atroz a que dentro de unos meses Marta vuelva a tener inseguridad y la destroce como ha hecho esta vez.

—Por favor, Virginia —solloza la sargento y esta vez sí que le coge una mano entre las suyas—, déjame demostrarte que voy en serio, que te quiero y que de verdad deseo un futuro contigo.

—Está bien —accede la capitana—, pero esta vez vamos a ir poco a poco, Marta —dice seria, aunque estira su mano libre para apartarle un mechón húmedo de la cara a la sargento.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Marta aliviada.

—Que cuando volvamos a Madrid, alquilaré un apartamento para mí sola igualmente, me parece que será bueno para las dos que vivamos un tiempo separadas. Nos permitirá valorar lo que teníamos y, si más adelante te sientes preparada para que volvamos a vivir juntas, ya lo hablaremos.

Marta quiere volver a llorar porque no quiere vivir alejada de Virginia ni regresar a ningún sitio donde no esté ella, pero eso lo ve ahora y comprende que ya es tarde. Ha perdido la confianza de Virginia y ha hecho lo que jamás había pretendido, herirla, pero está dispuesta a cualquier cosa para que todo vuelva a ser como antes.

—De acuerdo, lo entiendo, haremos lo que necesites, pero por favor, no me dejes.

Virginia suspira y la atrae hacia ella.

Esa noche ninguna de las dos tiene cuerpo para cenar, así que se van directamente a la cama. Han hablado las cosas y vuelven a estar juntas, pero todavía existe una pequeña tensión entre ellas porque ninguna sabe cómo comportarse ni se atreve a dar un paso hacia la otra. Virginia se tumba bocarriba y Marta la imita, pero después de unos minutos, la sargento, que está destrozada emocionalmente tras haberse pasado días acumulando rabia para terminar dándose cuenta de su error, se encoge sobre sí misma y da la espalda a Virginia cuando se da cuenta de que necesita seguir llorando porque, al contrario que la capitana, que ha llorado un día tras otro, ella no lo ha hecho y se siente colapsada. Marta necesita a Virginia más que nunca, pero sabe que no está en posición de pedir nada, así que se tensa y aprieta la mandíbula para tratar de contener ese llanto antes de que salga y la estrangule.

Virginia no puede verla en medio de la oscuridad, pero la conoce y, aunque no sabe lo que piensa, de algún modo, la capitana intuye su pena y se sobrecoge.

—¿Quieres que te abrace? —pregunta girándose hacia ella.

Marta balbucea un sí y se rompe cuando Virginia se pega a su espalda y le suspira en la nuca cuando la abraza.

CAPÍTULO 19

Un sonido molesto se repite en la cabeza de Marta que, somnolienta, no logra distinguir de dónde proviene. Tras todo lo ocurrido la noche anterior, la sargento Pinares se quedó dormida entre los brazos de Virginia, liberando todo ese peso que sentía en el pecho gracias a su tozudez, empujada por ese miedo ilógico de perder a su chica si llegaban a formalizar la relación. Desde el momento en el que la capitana le dio una segunda oportunidad, Marta se prometió a sí misma comportarse como una mujer madura y luchar para que Virginia se diera cuenta de que ella es la mujer de su vida.

Pinares, finalmente, cae en la cuenta de que el ruido sale del teléfono móvil de su compañera, que está de lado, durmiendo sin inmutarse.

—Vir, te están llamando por teléfono —dice Marta con la voz pastosa.

La capitana Robles no se mueve, sumergida en un sueño tan profundo que hace que Marta se incorpore para cerciorarse de que sigue respirando.

—Amor, tu móvil no para de sonar —esta vez la sargento acompaña sus palabras con un leve zarandeo que logra que Virginia al menos frunza el ceño.

La militar abre los ojos de golpe al escuchar el familiar timbre de su teléfono y se sobresalta asustada. Pocas veces Virginia logra dormir tan profundamente, pero los días de cansancio acumulados por la situación que estaba viviendo con Marta y el caso Romero, han hecho mella en ella.

Parpadea varias veces y carraspea intentando que le salga la voz.

—Dime, Raquel —dice con una voz que fácilmente podría pasar por la de un camionero.

—Virginia, tengo noticias nuevas —dice la abogada, que parece ir a paso rápido por la calle—, voy a la base, nos vemos allí.

—En media hora estamos ahí —le confirma la capitana poniéndose en pie fuera de la cama.

—¿Qué pasa? —pregunta Marta, que también se ha levantado con rapidez.

—Parece que tenemos algo —dice Virginia buscando una muda de ropa para ducharse y vestirse—, y creo que es algo gordo.

Los ojos de Marta se abren esperanzados. Por María Teresa Romero no pueden hacer nada, pero necesita que el responsable pague por lo que ha hecho.

—Voy a hacer café, cuando salgas del baño entro yo y después nos vamos —dice la sargento pasándose la mano por la cara para despejarse.

Ambas, con la prisa de poder llegar lo antes posible a la base, intentan salir a la vez por la puerta de la habitación, lo que hace que sus cuerpos impacten y Marta alargue el brazo cuando ve que Virginia pierde el equilibrio, aún dominada por el sueño. Sus miradas se quedan enganchadas y es la sargento Pinares quien se acerca a sus labios y deja un suave beso en la boca de su chica haciendo que Virginia suelte un murmullo de placer.

—Buenos días —le dice Marta pegada a sus labios—, ¿has descansado?

Desde que Virginia Robles conoció a Marta, supo que le volaría la cabeza, le encabritaría el corazón y le mantendría húmeda la entrepierna. En momentos como esos, que le da un simple beso —y a pesar de todo lo que ha sufrido durante días— confirma que no se equivocaba.

—Sí —contesta turbada—, llevaba días durmiendo fatal y esta noche he dormido del tirón.

—Lo siento —suelta Marta sabiéndose responsable de que Virginia no pegara ojo.

—Venga, ve a preparar el café que llegamos tarde —le responde Virginia dándole un azote en el culo, sin ganas de sacar el tema a relucir. Para ella, lo hablado, hablado está y ahora toca avanzar.

—Os estaba esperando —suelta Raquel Martínez levantándose de una de las sillas que tienen en el despacho de la base—, tengo que reunirme con la familia de María Teresa en media hora, pero quería informaros antes.

—Suéltalo ya, Raquel —pide la capitana Robles con impaciencia.

—Ayer por la noche llegó el informe de las geolocalizaciones de los teléfonos de Miguel Barrios e Isabel Montilla. Él sí estaba en su casa, de hecho, se pudo constatar que salió del bar y se fue a su domicilio tal y como declaró.

—¿Y ella? —ahora pregunta Marta, que la está carcomiendo el hecho de que la abogada no haya comenzado diciendo quién mató a la soldado Romero.

—Ella estaba en el descampado —dice dejando a las dos militares quietas como un poste

—. Primero se le sitúa cerca del bar La terraza y un rato después en el terreno cerca del pozo.

—Joder, qué hija de la gran puta —vocifera Marta sin poder contenerse.

—Siempre me dio mala espina esa mujer, pero al final atribuí su actitud a los nervios de tener a su marido en el ojo de una investigación. Debí estar más atenta —se lamenta la capitana.

—Todos hablamos con ella y nadie supo verlo hasta que tú me advertiste de que había que investigarla. En cualquier caso, no hubieses podido hacer nada, Virginia —explica la abogada—. Isabel mató a María Teresa esa misma noche, la última que se le vio con vida.

—¿Cómo habéis llegado a esa conclusión? —se interesa Marta que, aunque se siente aún tocada por el acercamiento entre la abogada y Virginia, por alguna razón, no siente esos celos incomprensibles y actúa de manera profesional.

—Gracias a la orden que autorizó el juez para revisar el coche de Isabel y el garaje. ¿Y adivinad qué? —pregunta Raquel con las cejas alzadas—, la mujer no tenía gato mecánico ni se molestó en comprar uno. El sargento Zapata se la llevó detenida y la interrogaron durante horas hasta que no pudo más y se derrumbó. Confesó haber acabado con la vida de la soldado Romero porque según ella, acosaba a su marido.

Se hace un silencio pesado en el despacho, ninguna de las tres logra comprender cómo la mujer pudo estar tan ciega para no ver que su marido era quien iba detrás de todas las mujeres que se le cruzaban por delante y que, además, no haya tenido la cordura necesaria como para evitar matar a una de ellas.

—Ha dicho que no tuvo más remedio que actuar por el bien de su familia, porque no podía permitir que María Teresa los separara —sigue explicando la abogada.

—No me lo puedo creer —murmura la capitana Robles.

—Dice que quería quitársela de encima de cualquier manera, así que la siguió cuando salió del bar y la atropelló con su coche, pero que la soldado intentó levantarse y ella se asustó e incluso se arrepintió de lo que había hecho. Salió del vehículo y la ayudó a subirse para llevarla al hospital, pero todo se torció cuando Romero la reconoció como la mujer de Miguel Barrios, la acusó de estar loca y dijo que iba a denunciarla. En un acto de desesperación, giró hacia un descampado sin saber qué hacer, pero en cuanto paró, María Teresa se bajó como pudo e Isabel no tuvo otra opción que coger lo primero que vio en el maletero y atizarla hasta matarla —concluye Raquel Martínez con la voz estrangulada.

—Espero que esa desgraciada se pudra en la cárcel —dice Virginia, que de pronto se siente tan cansada que busca una silla donde sentarse.

—Eso no lo dudes, mi socio en Madrid lo está preparando todo para que, además, cuando

intenten alegar que estaba enajenada, podamos demostrar que actuó en plenas facultades y consciente de sus actos. Pagaré con creces lo que hizo y el daño que infligió a su familia —dice la abogada mientras revisa su móvil con el ceño fruncido—. Tengo que irme, parece que todo va más rápido de lo que esperaba y tengo que arreglar unos papeles con la familia de la víctima.

—¿Qué pasará con Miguel Barrios? —la pregunta sale de la boca de Marta, que sigue de pie en el mismo sitio desde que llegaron.

—El teniente Barrios no volverá a poner un pie dentro de una base —explica orgullosa de seguir limpiando el cuerpo militar—, con la declaración del cabo Fernández y de Rocío Beltrán, además de la cantidad de fotos que guardaba ese degenerado en el móvil, tenemos suficiente para encausarlo y dejarlo con una mano delante y otra detrás.

Virginia esta vez sonríe ampliamente, aunque siente la congoja instalada en su pecho por el trágico final de una joven militar, le gusta que los implicados en el caso Romero, paguen por sus fechorías.

—En fin, yo me tengo que ir —dice la abogada con algo de incomodidad porque sabe que es una despedida.

—Que te vaya bien, Raquel —dice Marta de repente, acercándose a la abogada y estrechando su mano—. Virginia, estaré fuera.

La capitana Robles no puede creer lo que ve, Marta siempre ha sido muy impulsiva y para nada se esperaba que se despidiera con cortesía de Raquel, y mucho menos que las dejara solas para que ambas se despidan.

—¿Debo tener miedo al salir? —pregunta Raquel meneando la cabeza divertida.

Virginia suelta una risotada que la relaja por completo.

—No, anoche hablamos. Asume que se equivocó y que no actuó bien.

—Y, ¿tú estás bien? —la preocupación de la abogada es evidente.

—La verdad es que sí, aunque he decidido ir con calma esta vez. No voy a contarte más para poder asegurarme de que nos veamos en Madrid alguna vez y sepas el resto de la historia —dice Virginia frunciendo los labios.

—Qué cabrona —se ríe Raquel—. Iba a proponértelo, pero no sabía cómo estaba el patio.

—Me has caído muy bien, Raquel, y creo que podemos llegar a ser buenas amigas. Tienes mi número, llámame cuando quieras y quedamos —la capitana se acerca y la abraza con fuerza.

—Lo mismo digo, si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy. Y si Marta vuelve a portarse mal, me lo dices. Seguro que me dará una paliza, pero antes le dejaré las cosas claras porque si

vuelve a hacerte daño, se las verá conmigo —dice Raquel deshaciéndose del abrazo y guiñándole un ojo.

Virginia la ve salir del despacho con ese aire elegante y sensual que le llamó la atención la primera vez que la vio. No se arrepiente de lo que pasó entre ellas porque está muy segura de que ahora ha ganado a una nueva amiga, una para toda la vida.

CAPÍTULO 20

Madrid, dos meses después

Marta está agotada, todo el cuerpo le brilla por el sudor y sus jadeos por el esfuerzo se escuchan entremezclados con los gemidos de Virginia, que se retuerce de placer mientras la sargento se mueve dentro de ella con el arnés puesto. Marta no pierde el ritmo, ni muy rápido ni muy lento, como le gusta a la capitana.

Esta tarde Virginia parece insaciable, Marta ya le ha arrancado tres orgasmos y este será el cuarto, si le pide otro, tendrá que pedirle unos minutos para recuperarse, porque en la postura que están ahora, los brazos están comenzando a temblarle por el esfuerzo y le duele la rodilla izquierda porque se está clavando algo que sin duda estará en algún bolsillo de las prendas que se han quitado.

Virginia comienza a tensarse y Marta aumenta el ritmo mientras piensa en que el sofá del apartamento de Virginia es una maravilla. Grande, cómodo y firme, no como el que hay en el apartamento que compartían y en el que ella sigue viviendo, que, además de incómodo, hace mucho ruido cuando le dan este tipo de usos y cualquier día acabarán de bruces en el suelo.

—Me corro, cariño —jadea Virginia clavándole las uñas en la espalda.

A pesar del cansancio, Marta siente un corrientazo de placer provocado por la mezcla del escozor que siente en la espalda y lo mucho que le gusta ver a Virginia explotando de gusto.

—Madre mía —dice la capitana cuando acaba, y se le escapa una sonrisa tonta que también contagia a Marta.

La sargento cae a plomo sobre el cuerpo de Virginia sintiendo que le explotan los pulmones como si hubiera corrido una maratón.

—¿Estás bien o quieres...? —pregunta con la cara aplastada, resbalando sobre el pecho sudoroso de Virginia.

La capitana la abraza con fuerza y asiente.

—Perfectamente, ¿y tú? ¿Quieres correrte otra vez? —le susurra y le provoca un escalofrío.

Marta aprieta las piernas solo de pensarlo, pero está tan cansada que no se mueve.

—No, quiero quedarme así —murmura con la respiración más pausada.

Virginia le besa el pelo y la mantiene abrazada contra ella durante varios minutos, hasta que las campanas de una iglesia cercana, vuelven a sonar y Marta levanta la cabeza para mirar la hora y comprobar que ya son las nueve de la noche. Suspira apesadumbrada porque sabe que debería marcharse, pero está tan a gusto con Virginia que le gustaría que el tiempo se detuviera.

La capitana cumplió su palabra y tal y como volvieron de Madrid, se buscó un apartamento y se mudó ella sola después de hablar con Del Valle y confirmarle que no quería el puesto que le había ofrecido. La tarde que Marta la ayudó a trasladar sus cosas, era incapaz de hablar, tenía la garganta estrangulada con un nudo y una sensación de vacío y abandono que se mezclaban con la rabia que sentía hacia ella misma por haber provocado la situación en la que estaban.

Además, pudo comprobar que Virginia tenía razón. La capitana alquiló un apartamento sin amueblar y lo ha decorado todo a su gusto, un gusto que para Marta es exquisito. El apartamento de Virginia es acogedor y huele a ella, y es el único sitio donde Marta realmente se siente en casa cuando entra, no en ese otro en el que convivían y ella vive sola ahora, con muebles antiguos y diferentes, cortinas espantosas y el sofá más incómodo que ha probado en su vida.

Desde que Virginia se mudó, Marta se arrepiente cada día de ese arrebato estúpido e infantil que tuvo la tarde que la capitana le propuso buscar un apartamento para ambas. Aunque ellas están bien y su relación ha vuelto a ser igual de buena que al principio, Marta no logra acostumbrarse a estar sin ella y cada vez que va a su apartamento, se siente tan cómoda que no quiere marcharse.

Al igual que ahora mismo, la sargento muchas veces tiene ganas de decirle que se quiere mudar con ella, que la necesita y la echa tanto de menos que muchas noches no consigue conciliar el sueño, pero de nuevo, Marta se muerde la lengua y se traga su angustia porque sabe que todavía es muy pronto, que debe darle ese espacio que Virginia le pidió. Aun así, esta noche la necesita, siente que si cruza la puerta de ese apartamento para marcharse al suyo, la engullirá un vacío y una angustia que eclipsará el día tan increíble que han pasado juntas.

—¿Te importa si me quedo a dormir esta noche? —pregunta sin darse cuenta de la fuerza que ejerce al apretar la mano de Virginia.

Es la primera vez que se lo pide desde que Virginia se mudó. Ella sí que se ha quedado a dormir algunas noches en el apartamento de Marta, pero la sargento jamás lo ha hecho en el

suyo, ni siquiera lo ha nombrado a pesar de que Virginia le ha notado muchas veces lo mucho que le costaba marcharse. Ella jamás le ha dicho nada aunque se muriera de ganas de que se quedara, porque necesita que sea Marta la que dé ese tipo de pasos a partir de ahora. Virginia teme que, si es ella la que dice algo al respecto, Marta se sienta condicionada o acepte solo por el miedo que sabe que tiene de perderla.

—No, claro que no —responde Virginia y le da un beso en el cuello.

—Es que estoy muy cansada y no me...

—No has de justificarte, Marta, si te apetece quedarte, te quedas, yo encantada.

La capitana le da un beso en los labios y una palmada en el trasero antes de levantarse.

—Ve a darte una ducha mientras preparo la cena, anda —dice con normalidad y Marta sonríe.

—¿Te puedo coger algo de ropa limpia? —pregunta la sargento que, obviamente, no tiene nada allí.

—Cariño —Virginia se vuelve hacia ella desde la puerta—, coge lo que quieras, estás en tu casa.

Marta asiente y se levanta conteniendo las ganas de gritar de alegría. Esa será la primera noche que pasará en casa de Virginia, pero no tardará en haber una segunda, y muchas otras hasta que por fin encuentre el valor de decirle que es allí donde quiere y necesita estar.